

Teresa

- 1960 -

No porque estuviera en París iba a cambiar su manera de vivir. Al fin y al cabo ella había sido educada en cierta forma y era difícil enmendar rumbos a los treinta años. Por eso se hacía traer el desayuno a la cama, dejaba una novela cerca por si sentía deseos de leer, colocaba el teléfono a su diestra, ahí donde la mano pudiese coger el fono sin hacer esfuerzos, y no se levantaba hasta la hora en que José Pedro llegaba a almorzar.

Le gustaban esas mañanas propias. Pensaba, recordaba o simplemente permanecía con la mente en blanco, mirando el techo, dejando que el tiempo transcurriera a su alrededor. A ratos sentía ruidos: las sirvientas que hacían el aseo (aquí, a París, solo había traído dos), el timbre de vez en cuando, el ruido de un automóvil que cruzaba sobre el asfalto húmedo como si aplastara algo. Pero las más de las veces se refugiaba en un silencio absolutamente muerto y el hacerlo le reportaba un gran bienestar. "Aquí estoy bien -se decía-. Aquí es donde soy más yo".

A mediodía llegaban los niños del colegio. Irrumpían en su pieza arrastrando los bolsones y gritando las palabras francesas que les habían enseñado esa mañana. Tristán ("¡Qué idea ponerle Tristán a un niño tan chico!", había dicho su suegra), el menor, llegaba siempre el último. Cuando los otros hacía ya rato que saltaban sobre su cama, él aparecía en la puerta, con un bolsón inmenso que apenas podía, y se quedaba mirándola como si estuviera solicitando permiso para entrar. La madre le sonreía. No podía negarlo: ese era un preferido. Entonces él avanzaba muy lentamente, dejaba el bolsón junto a la cama y la besaba. Más de una vez Teresa se preguntó si el niño no percibía dentro de la pieza ese silencio en el que a ella le gustaba encerrarse. Quizás si por eso, por el temor de romperlo, se desplazaba con tales precauciones.

Mientras los niños almorzaban, ella se encerraba en el cuarto de baño. Y cuando a la una y media aparecía José Pedro, la encontraba vestida y peinada, afanándose en los quehaceres de la casa. Nunca supo de aquellas horas que ella le robaba a su vida en común.

A veces el teléfono sonaba mientras estaba en cama. Casi siempre era un compatriota, de paso por París, que la llamaba para darle noticias de su familia y preguntarle dónde se compraban los servicios de porcelana más

baratos. Ya había perdido la costumbre de conversar como lo hacía antes sin tener mucho que decir, con ociosidad, alargando las pausas y sembrando las frases de puntos suspensivos. Ahora su tono era más cortante e il derecho al grano. Quizás en ese aspecto París y Ginebra, donde José Pedro estuvo destinado antes, la habían hecho cambiar. En otras ocasiones escuchaba la campanilla del teléfono desde el baño. Demasiado cómoda para salirse del agua e ir a contestarlo, llamaba a la sirvienta para que lo hiciera. Rosa acudía rezongando, porque nunca le había gustado hablar por teléfono y menos en este idioma que no comprendía.

Teresa la escuchaba debatirse. Tal como esa mañana cuando llamó Verónica. Primero oyó varios *oui* y luego algunos *madame* y, por último, un *attendez* que era lo más que los niños habían logrado enseñarle. Después apareció en la puerta de la pieza de baño y dijo:

—No entiendo ni una palabra. Si quiere, hable usted.

—¿No ves que estoy en la tina?

—Sálgase. Ya va a llegar don José Pedro.

—Bueno. Dile que espere.

Mientras se envolvía en la sábana de baño, Rosa gritó varios otros *attendez* por el teléfono. Y cuando ella misma tomó el fono, lo primero que oyó fue una risa.

—¿Aló?

—Hablas con Verónica —contestó la voz que reía.

—¿Verónica?

—Sí, la hija de tu tía Chepa.

Teresa hizo un esfuerzo para recordar quién era su tía Chepa.

—¿Quién me contestó? —dijo la voz que reía siempre.

—La empleada.

—Con razón. Imagino los problemas de la pobre... ¿Y cómo estás tú?

—Muy bien. ¿Y tú? —preguntó Teresa, sin lograr ubicar entre sus relaciones a una tía Chepa. Pero siguió conversando con gran naturalidad. Estaba acostumbrada a estos personajes un poco borrosos que emergían de vez en cuando—. ¿Hace mucho que llegaste?

—Apenas una semana. No te había llamado antes porque no tenía con qué pagar la comunicación. En este país hay que pagar cada vez que se habla por teléfono.

—¿Cómo?

—Estoy pobrísima. O más bien lo estaba, porque ayer conseguí trabajo y las cosas se van arreglando.

—Perdóname, pero...

—Sí, ya sé que no te acuerdas de mí. Soy la hija de esa amiga de tu mamá. Y Teresa no la dejó terminar.

—¡La tía Chepita! —exclamó.

-La misma.

Ahora también recordó a Verónica. Una muchacha pálida y delgada, mucho menor que ella. La recordó sentada junto al piano, junto a un piano inmenso, en el salón de su tía Chepa. Hacía años que no la veía. Desde esa ocasión en que había ido a presentarle José Pedro a su tía Chepa.

-Pero ¿qué estás haciendo en París? ¡Qué gusto escucharte! ¿Viniste con tu mamá? ¿Cómo está?

-No sé.

-¿Cómo?

-No sé, porque me arranqué de la casa.

Teresa, que hasta entonces se había mantenido de pie junto al teléfono, se dejó caer sobre la cama. La sábana de baño resbaló hasta su cintura.

-¿Te arrancaste de dónde?

-De la casa. Después te cuento. ¿Por qué no me vienes a ver? Estoy en un hotel de la calle Monsieur le Prince, el Prince. Ven esta tarde.

-Hoy no puedo. Voy a ir a una exposición de pintura.

-¿Qué exposición? Me entusiasma la pintura.

-La de Calder. ¿Te gustaría ir?

-No, no creo. Después del trabajo estoy demasiado cansada. Tengo un turno de once a cuatro y después otro de siete a diez.

-Pero ¿qué es lo que haces?

-Lavo platos.

-¡Platos!

-Sí, en un restaurante. Pero después te cuento. Ven a verme entre cuatro y siete.

Junto con Eduardo, un compañero de oficina de su marido, visitó rápidamente la exposición de Calder. Sabía que al hombre no le interesaba mayormente esos *mobiles*. Si accedió a acompañarla era porque pensaba que ella era una presa fácil. En todo momento se lo hizo sentir; acercándose en forma torpe, rozándole el brazo y diciéndole piropos que la exasperaban. Eduardo era muy gordo, bastante simpático, lo que suelen llamar una buena persona. Tenía fama de oportuno además. Pero Teresa reconocía en él a todos los amigos de su hermano, a todos aquellos que ahora eran latifundistas o abogados, buenos para las fiestas y mejores para la cama, como se bautizaban a sí mismos.

-Eduardo, no me diga las mismas cosas que me decían cuando tenía quince años.

-¿Que ya era tan buena moza a los quince años?

Y reía estentóreamente en el silencio de la galería. Teresa avanzaba rápidamente a través de las salas, y así, al cabo de una media hora, volvieron a salir a la calle.

—Vamos a tomarnos un trago para pasar todo este arte — propuso Eduar
—¿Dónde?

—Aquí cerca.

—¿Una diligencia? No se le vaya a ocurrir engañar a José Pedro o a alguien que no sea yo.

Y volvió a reír, vaciando toda esa vitalidad que parecía no poder almorzar.

—Otro día — accedió Teresa.

—Bueno, otro día.

“Esa condición tiene Eduardo — se dijo Teresa al alejarse por la calle. Nunca se enoja. Parece que no tiene prisa ni inquietudes. Se diría un hombre con su vida trazada en forma perfecta frente a él. Seguirá su carrera diplomática, escalafón por escalafón, grado por grado, y al término llegará... ¿adónde? Decididamente es un hombre a quien ya nada puede sucederle. Como a mí. Tengo una existencia diseñada en torno a un marido y tres niños”. Y trató de especificar esa existencia. Pensó: “¿Cómo es el rostro de José Pedro? ¿Qué terno se puso hoy día? ¿De qué me habló a la hora del almuerzo?”. Pero no pudo contestarse esas preguntas. “¿Y mis niños?”. El único que recordó de inmediato fue a Tristán. Los ojos grandes, sorprendidos, de Tristán, con una mirada que parecía ir más allá de las cosas. Y de todo lo que era, de todo lo que la rodeaba, de todo lo que día a día pasaba a su alrededor, esa mirada fue lo único que logró evocar.

El hotel Prince era un edificio estrecho con un letrero en la puerta donde se leía que arrendaban piezas por un mes o por un día, una entrada maloliente y una *concierge* malhumorada.

—Dieciocho. Quinto piso —le contestó al preguntarle por Verónica. Teresa ascendió con esfuerzo por la escalera empinada donde, de trecho en trecho, se abrían los cubículos de los excusados. Al llegar al cuarto piso cruzó un muchacho que bajaba. Tuvo que apegarle al muro, porque descendía con ímpetu y casi la atropelló. Alcanzó a divisar su silueta alta, el pelo crespo y una mirada muy intensa, muy semejante a la de su hijo Tristán.

Verónica todavía se parecía al recuerdo que Teresa conservaba de ella. La misma palidez, la misma flacura: un rostro afilado, sin atractivo, y un cuerpo en el cual solo se diseñaban huesos. Estaba lavando ropa en el lavatorio, y al escuchar que alguien entraba, dio vuelta la cabeza.

—¡Tere! —exclamó—. ¡Qué gusto verte! Me entusiasma que hayas venido. Espera que voy a secarme las manos.

Se acercó a Teresa y la besó en la mejilla. La mujer sintió el olor de jabón ordinario y tuvo un pequeño movimiento instintivo de defensa. Miró el cuarto y no pudo dejar de comentar:

—¿Aquí vives?

—Sí —contestó Verónica—. ¿Qué te parece? Del palacio de mi mamá a esta pieza de hotel.

Lo dijo sin la menor acidez. Y luego procedió a contarle lo que había sucedido. Sí, era cierto, se había arrancado de su casa. Su madre no quería darle permiso para viajar sola a Europa y por eso esperó cumplir veintiún años y, al día siguiente, solicitó un pasaporte, vendió un prendedor que su abuela le había regalado cuando terminó los estudios, y se embarcó.

—Pero ¿por qué? —preguntó Teresa.

—Porque tenía que venirme.

—¿Por qué?

—Porque sí. Porque tenía que venirme, y sola, sin mi mamá.

Teresa miró a la muchacha y vio que trataba de buscar alguna razón concreta para explicar lo que había hecho. Pareció barajar varias y por último, encongiéndose de hombros, concluyó:

—Porque sí.

Verónica poseía una gran vitalidad. Se desprendía como electricidad de su cuerpo, de sus manos, de su mirada. Qué distinta a la vitalidad fofa y pesada de Eduardo, comparó Teresa. La de verónica era casi angustiada, anhelante y posesiva a la vez, queriendo verlo todo, probarlo todo. “Es una persona ávida”, se dijo Teresa. Y la palabra ávida evocó la boca abierta de un pez pegada al cristal de una redoma.

—Pero ¿qué dijo tu madre?

—Le escribí desde el barco. Pensé que aquí en París encontraría una carta suya desheredándome. Pero nada.

—¿Sabe tu dirección?

—No.

—Entonces, ¿cómo quieres que te escriba? ¿Has ido a la embajada a ver si hay alguna carta?

—No. La verdad, Tere, es que no tengo muchas ganas de saber lo que piensa. No me entusiasma la idea. No me importa, ¿sabes?

Mientras hablaba ponía en orden el cuarto. Teresa notó entonces que había una sola cama, deshecha todavía, pero entre las sábanas vio los pantalones de un pijama. Miró hacia el ropero cuyas puertas estaban abiertas y descubrió un terno y un abrigo de hombre. Verónica sorprendió su mirada.

—Sí, Tere, no vivo sola. Pero no vayas a pensar nada raro.

Teresa tuvo ganas de reír. ¡Nada raro! Y todo eso le pareció muy extraño, sobre todo al recordar a su tía Chepita, una especie de pilar de la honorabilidad, siempre vestida de negro, que había hecho construir una capilla en su fundo e invitaba sacerdotes a veranear para que celebraran misas diarias. ¡Nada raro! Teresa miró a esta muchacha quince años más joven que ella, educada seguramente en las monjas, como ella, que provenía de

un mundo semejante al suyo y que sin embargo era tan distinta. La vio ahí, doblada sobre el lecho, estirando las sábanas, ordenando el pijama y escuchaba explicar:

–Vivimos juntos, Tere. Pero no somos verdaderamente amantes.

–¿Qué quieres decir: *verdaderamente*?

–Tú comprendes.

La verdad era que no comprendía. Y se dio cuenta de que ahí radica el precipicio entre ambas. Algo había sucedido en esos quince años, entre una generación y otra, porque ella no comprendía por qué se había arrancado de su casa, no comprendía por qué vivía en esta pieza miserable. Para Teresa “porque sí” no era una razón.

Teresa se sintió vieja. Así, de golpe. Eso fue lo que sintió: vejez. Verónica estaba sentada frente a ella, estrujando la ropa que acababa de lavar. Cógela las prendas y las torcía con un movimiento súbito, como ella nunca habría sabido hacerlo. Y Teresa pensó que tampoco lo aprendería y porque estaba demasiado viaja. “Qué tontería” –se replicó de inmediato– tengo treinta y cinco años y una vida por delante.” Pero volvió a pensar en lo que se había dicho en la calle, al separarse de Eduardo: “Tengo una vida trazada, con un marido y tres niños, ya nada me puede suceder. En cambio, Verónica se entusiasma con todo. Se diría que para ella lo que acontece es una maravillosa aventura, llena de hechos inesperados, y que esta pieza, este hotel, esta calle, París entero, han sido creados para que ella viva esa aventura”.

–¿Estás enamorada? – preguntó de pronto. Esa podría ser una razón.

–¿De quién?

–De... – y no supo cómo nombrarlo – de la persona con que vives.

–No – rió Verónica –. ¡Cómo se te ocurre!

Teresa no quiso entonces seguir pensando.

–¿Necesitas algo?

–¿Te vas a ir?

–Desgraciadamente estoy invitada a una comida.

–Tan llena de compromisos. ¿Cómo puedes vivir?

–Me casé con un diplomático – y apenas había pronunciado la frase, le pareció absurda, como el título de algunas memorias escritas por una mujer ociosa. Queriendo destruir el efecto, agregó –: Y tengo que ver a los niños antes que se duerman. Tengo tres niños.

–Tienes que presentármelos. Me entusiasman los niños.

–Por supuesto. ¿Por qué no te vienes a almorzar o a comer a la casa?

–No puedo, Tere. Son las horas en que trabajo. Te advierto que me costó mucho encontrar una ocupación y no quiero perderla. Tú sabes que no les dan permiso a los extranjeros para trabajar. Yo lo hago de contrabando. Si

llega la policía, tengo que decir que soy sobrina de la dueña. Una vieja gorda con olor a ajo – rió –. ¡Supiera mi mamá!

–¿Y lavas platos?

–Sí.

–¿No es muy pesado? ¿No quieres que le pregunte a José Pedro si te pueden emplear en la embajada?

–No. No podría trabajar en una oficina. Me volvería loca. Además el horario del restaurante me acomoda mucho, y me dan comida, y después tengo horas libres para pasear por París. ¡Me entusiasma París!

–Bueno, ¿cuándo vienes a la casa?

–Yo te llamo.

Era lo que le decían sus amigas cuando se despedían y esa frase tan usual le pareció extraña en este cuarto sin luz. Teresa estuvo tentada de ofrecerle dinero y aun hizo un gesto, el de abrir su cartera, pero Verónica la detuvo:

–No seas tonta. No necesito nada.

Se despidió entonces y mientras a tientas buscaba la baranda de la escalera, porque en ese piso la ampollita se había quemado, escuchó que Verónica le pedía:

–Por favor, no le escribas a mi mamá. No quiero saber de ella por un tiempo, no quiero saber de nada ni de nadie. Créeme, Tere, estoy muy contenta así como estoy.

Teresa salió a la calle y sin saber por qué recordó una de las frases que le había dicho Verónica: “¿Cómo puedes vivir?” Subió a un autobús y durante todo el camino escuchó la voz de la muchacha repitiéndole esas palabras al oído, y ni siquiera en su casa, frente al espejo, mientras se cambiaba el vestido, cesó de oírlas.

–¿Qué te pasa? – le preguntó José Pedro. Él tenía la costumbre de inquirir, no porque creyera que algo le sucedía, sino como una manera de iniciar una conversación. Pero esta vez Teresa se dio vuelta y le contó todo lo que había sucedido esa tarde.

–Lo mejor será desentendernos –concluyó José Pedro mientras se anudaba los cordones de los zapatos–, por lo menos hasta que suceda algo. Hay demasiadas complicaciones de esta especie en la embajada. Parece que todos los jóvenes con problemas hubieran decidido venirse a París a solucionarlos. Lo peor es que nosotros tenemos que hacerlo. ¿Cómo? Buscándoles pasajes gratis para devolverlos a sus casas. Ya veremos lo que sucede.

Teresa miró a su marido y vio que se había puesto su terno oscuro, que tenía el rostro un poco congestionado por la posición en que se hallaba, doblado sobre sí mismo, anudándose los cordones de los zapatos. “Qué tiempo que no lo miraba –se dijo– y qué viejo está, casi tan viejo como mi

papá. ¿Y yo? ¿Habré envejecido?”. Al avanzar hacia el espejo, miró la beza de su marido.

—José —exclamó de pronto—, te estás quedando pelado.

Él se irguió con cierta rabia.

—Sí. ¿No te habías dado cuenta? —preguntó.

—No. No me había dado cuenta.

Durante la comida tuvieron que escuchar la conferencia que un compatriota, un ganadero que visitaba Europa, dio sobre la Monna Lisa.

—Yo no sé lo que le encuentran —decía—. Tiene una cara, y perdóneme expresión, de estar sentada encima de todos. Se sentó sobre ese tipo que la pintó, ¿cómo es que se llamaba?, y ahora se sienta encima de nosotros de los que la miramos.

—No exageres, viejito —interrumpió Eduardo—. Yo la fui a ver el otro día y no se puede negar que tiene algo. Por lo menos se comprende que es una mujer. Pregúntele a Tere lo que fuimos a ver hoy. Unas especies de pes fuertes colgando de unos cordeles. ¡Hay que verlos!

—¿Fueron a una exposición? —preguntó José Pedro desde el otro extremo de la mesa.

Teresa no le había contado a su marido que iba a visitar una exposición con Eduardo. No pretendía crear misterio ni suspenso, simplemente lo había olvidado. Miró a José Pedro pronta para dar una explicación. Pero su marido permanecía imperturbable, vestido de oscuro, con la camisa immaculada y las manos concienzudamente colocadas a lo largo de los cubiertos. “Es la imagen perfecta del diplomático de carrera”, pensó Teresa, y resolvió no hacer ningún comentario respecto a su salida con Eduardo. Pero este se apresuró a hacerlo.

—Sí, fuimos a una exposición de un tipo, no sé si llamarlo pintor, con nombre de automóvil. Tienes que ir a verlo. Son esas cosas que se ven aquí y en ningún otro lugar.

—Voy a ir —prometió José Pedro, y Teresa odió la forma en que lo decía.

“¿Qué me pasa esta noche? —pensó la mujer—. ¿Por qué estoy tan malhumorada?”. Pero ya la conversación giraba hacia otros tópicos.

—Yo quiero que me muestre París, Eduardito —pedía la esposa del ganadero—. Y usted sabe cuál, el malo, el que no les muestras a las señoras.

—¿Y para qué, mi hijita, cuando conmigo tiene todos los Parises del mundo?

Eduardo celebró intensamente la salida de su amigo y, a su vez, empezó a relatar una larga historia a propósito de una mujer que no creía que los niños venían de París. Reía en medio de las frases, se secaba el sudor y gesticulaba con la mano que sostenía el pañuelo. Su bonhomía era contagiosa y al cabo de un rato los comensales reían y aplaudían sus salidas. Pero Teresa se mantenía muda. “¿Qué me pasa? ¿Qué me pasa? Tengo que ha

cer un esfuerzo.” José Pedro la miraba a través de la mesa y de vez en cuando le hacía un guiño, imperceptible para los demás, con el cual animaba a unirse a la algazara. Mas ella no podía hacerlo. Por último, cuando todos decidieron ir a “seguirla”, como dijo el ganadero, Teresa pidió que la fueran a dejar a su casa.

—Me siento mal. Me duele mucho la cabeza. No quiero echarles a perder la fiesta.

—Yo te acompañaré —dijo José Pedro.

—Anda a dejarme y vuelves.

No hablaron dentro del automóvil.

—¿Trajiste una llave? —preguntó él cuando se detuvieron frente al edificio.

—Sí —contestó Teresa—, muchas gracias. Trata de no despertarme cuando vuelvas.

Se mantuvo junto a la mampara de su casa, esperando que se desvaneciera el ruido que hacía el auto al alejarse. La noche estaba fresca, era una de las primeras noches de otoño. Tuvo deseos de caminar un poco por las calles adyacentes. No lejos se erguían los Inválidos. “Daré una vuelta hasta allá”, se dijo. Pero decidió no hacerlo y penetró en el vestíbulo. De inmediato se encendió una lucecita en la pieza de la *concierge*, ella gritó su nombre y la luz se apagó. Quedó en la oscuridad entonces, esa pieza con suelo de mármol y la jaula del ascensor en una esquina. La atmósfera era aún más fresca aquí en la calle y Teresa se arropó con su abrigo. “Tengo que pensar algo, tengo que decidir algo, hay algo que debo solucionar. ¿Pero qué?”. Mientras subía en el ascensor, muy lentamente, en ese ascensor abierto hacia todos lados, creyó retroceder en el tiempo, antes, antes, cuando todavía no se había casado, y recordó que, al volver de un baile, se había hecho las mismas reflexiones: “Tengo que pensar algo, tengo que decidir, hay algo que debo solucionar”. Tal como ahora se había formulado la misma pregunta: ¿Qué, qué es lo que debía pensar y resolver? ¿Qué? Le pareció que su vida, desde entonces, no había cambiado. “Soy exactamente la misma y sin embargo han pasado casi veinte años. En el intertanto me casé y tuve tres hijos. Estoy casada, estoy casada”, se repitió una y otra vez, como para convencerse de que ella era una realidad. Y la pregunta que Verónica le había hecho en la tarde surgió nuevamente. “¿Cómo puedes vivir?”. Y junto con llegar el ascensor a su piso, se contestó en voz alta: “Lo cierto es que no vivo. Es como si nada me hubiera pasado desde entonces. Y lo que ha sucedido es como un sueño, no, un sueño no, más bien algo que ha ocurrido en torno mío sin que yo haya tenido la necesidad ni la obligación de participar en ello”.

Salvo Tristán tal vez, Tristán que ahora la esperaba con los ojos abiertos en la oscuridad para contarle una larga historia a propósito de un caballo

con un cuerno en la frente que había visto esa tarde en el parque. escuchó su relato, lo besó, le dijo que se durmiera, que mañana irían juntos a ver el caballo, y salió del cuarto de los niños.

Se acostó, pero no pudo dormirse. Trató de leer, tomó una pastilla, tomó un baño de agua tibia y estuvo dentro de él durante una hora. Mas cuando José Pedro llegó, ella todavía estaba en pie.

-¿No te sentías mal?

-Sí, pero no pude dormir.

-Vengo agotado.

-Son cerca de las cuatro.

-Tuvimos que recorrer todas las *boites* y luego ir a comer a un *café* en Halles.

-¿Y por qué no te volviste antes?

-Imposible. Carlos tiene mucha influencia con este gobierno. Había que atenderlo.

Y en el momento de acostarse, le preguntó:

-¿Por qué no me habías contado lo de Eduardo?

-¿Qué?

-Que ibas a exposiciones con él.

-¡Jóse! Es la primera vez que voy.

-¿Y por qué no me lo dijiste?

-No sé, se me olvidó.

Y mientras apagaba la luz, exclamó:

-Mejor que no salgas con él sola. No es por ti, no. Tengo confianza por los colegas. Podrían verte, e imagínate los comentarios. Una embajadora, es como un pueblo chico.

Y tal como la luz, se apagó la voz en la oscuridad. Teresa también había acostado. Durante un segundo apareció desdoblarse, y, desde lo alto del techo, contemplar esas dos figuras, la suya y la de su marido, de espaldas en los lechos, rígidos, como dos estatuas yacentes sobre la losa de la tumba. Pensó en Verónica, en el cuarto, en la cama deshecha y en el hombre que en ese momento dormiría abrazado a ella. Se levantó entonces a hacer ruido y, acercándose a José Pedro, lo besó.

-¿Qué pasa? -preguntó él súbitamente alarmado.

-Nada. ¿Te importaría que esta noche durmiera contigo?

-Estoy tan cansado, Tere. Y bien sabes que no puedo pegar los ojos con otra persona en la misma cama.

-No importa entonces.

Volvió a su lecho. Dejó pasar algunos segundos. No quería pensar en cosas que la distrajeran de todo lo que sentía dentro de sí. Por eso aferró al relato de su hijo Tristán, a la historia del caballo con un cuerno

la frente que había visto en el parque, y cuando ya casi había visualizado el unicornio, la voz de José Pedro la sorprendió:

—¿Tienes muchas ganas de dormir conmigo? Ven, si quieres. ¿Tienes muchas ganas?

—No. No tengo muchas ganas.

Y era verdad.

No pasó mucho tiempo antes que Verónica volviera a llamarla.

—¿Cómo has estado?

—Muy bien. Lavando platos siempre, pero muy contenta.

—¿Y cuándo vienes a vernos?

—Justamente te quería pedir un favor. Aquí en el hotel no hay baño y me encantaría que me invitaras a bañarme.

Teresa rió

—Cuando quieras.

—El viernes entonces. El viernes cierra el restaurante y tengo el día libre.

Teresa organizó todos los detalles de ese baño como quien se preocupa de una comida de etiqueta. Colocó toallas limpias, compró un jabón especial y sacó de su armario un frasco de sales que alguien le había regalado para Navidad. Lo hizo con gran alegría, como si fuera a ofrecer una fiesta y, a las cuatro de la tarde cuando llegó Verónica, la recibió con la sonrisa con que uno acoge al invitado de honor.

No venía sola. Tras ella se erguía la figura casi alámbrica de un muchacho alto, con los cabellos revueltos y la mirada intensa. Teresa lo miró atentamente, como si estuviera a punto de reconocer a alguien.

—Te presento a Tristán —dijo Verónica.

La mirada de su hijo. Eso era lo que recordaba y súbitamente se vio en la escalera del hotel Prince, apoyada contra la pared, mientras ese muchacho bajaba rápidamente.

—Ya nos conocíamos —rió Teresa—. El día que te fui a ver, creo que me encontré con él en la escalera.

—Te debe haber atropellado. Tiene la costumbre. Siempre anda atrasado y no mira a quien pisa. Es un hombre feliz.

Se dio vuelta entonces hacia su compañero y tradujo para él lo que Teresa y ella acababan de decir. Tristán sonrió. Tenía los dientes anchos y largos. Extendió su mano hacia Teresa y con cierta timidez desenfadada dijo “perdón” en vez de “buenas tardes”. Al empuñar la mano, la mujer comprobó que era nerviosa, tensa, alerta, una mano llena de tendones y nervios.

—Lo traje porque también quería bañarse. ¿Te importa?

Y acto seguido penetraron en el departamento. Con esos abrigos de tela espesa y militar, con esas bufandas de colores vivos, despeinados, un poco sucios y tan libres, desentonaban en el salón de muebles franceses y cortinajes

drapeados. "Son como dos refugiados –meditó Teresa–, dos prófugos que acaban de atravesar una frontera". Los miró mientras contemplaban los cuadros y sorprendió entre ellos miradas de sorna cuando enfrentaron la naturaleza muerta que José Pedro acababa de comprar en un anticuario. Ahora fue Teresa quien se sintió extranjera, extranjera en su propia casa, por un instante pensó dejarlos solos. Era tal la vitalidad que se desprendía de esos muchachos que todo lo que los rodeaba y que no tuviera relación con ellos se hacía superfluo, incluso ella.

–Lo mejor será que Tristán vaya a bañarse primero –dijo Verónica– mientras tanto nosotras podemos conversar.

Mientras el muchacho desaparecía en la sala de baño, Verónica se sacó el abrigo, lo dejó sobre uno de los sillones de tapicería y se sentó junto a Teresa.

En pocas palabras le contó cómo había conocido a Tristán. Fue el día que llegó a París, en un café cerca de Saint-Germain. Ella estaba sola en una mesa y el muchacho se acercó a venderle dibujos. Le contó que él no pintaba, que era astrónomo (y Teresa, sin saber por qué, rió ante la palabra) y que trabajaba con un amigo pintor a porcentaje. Se habían seguido viendo casi todos los días y, al cabo de una semana, decidieron vivir en el mismo hotel. Es una manera de ahorrar, explicó Verónica.

Teresa no preguntaba cosa alguna. Escuchaba simplemente. Sentada ahí en ese sofá donde tantas veces había tomado el té con sus amigas, le parecía estar ahora con una que le contaba el argumento de un libro. Todo lo que Verónica decía le semejaba irreal, algo que nunca habría podido sucederle a ella, en verdad un argumento de libro. Y sin embargo esa muchacha hablaba como ella, se comportaba como ella cuando estaban solas, venía del mismo mundo que ella. "¿Qué nos ha pasado? –volvió a preguntarle Teresa–. ¿Qué ha sucedido en el universo entre esta generación y la mía? ¿O seré yo acaso la que se ha quedado atrás? ¿Seré yo la que no ha sabido vivir? Yo a quien nada ha sucedido, porque todo se me ha ido presentando en forma paulatina, graduada, sin que siquiera me dé cuenta que las cosas llegan, que las cosas se van, que es vida y nada más que vida lo que transcurre en torno, eso en lo cual nunca me he sumergido porque no he tenido necesidad de hacerlo. Mi madre, mi familia, mi situación me protegieron en un comienzo y luego José Pedro. Me casé y he tenido tres hijos sin siquiera darme cuenta lo que significa, sin siquiera conocer las responsabilidades que todo esto trae. ¿Cuáles son esas responsabilidades? ¿Cuáles? Hasta ahora me ha bastado con desempeñarme de acuerdo con los hechos diarios, con lo que me pide José Pedro, con los problemas mínimos de los niños. Pero ¿he vivido acaso? Hoy, a los treinta y cinco años, puedo preguntármelo: ¿He vivido realmente?". Teresa no podía contestarlo. No sabía cómo. Y mientras Verónica seguía hablando, ella se decía: "¿Y por qué

Verónica? Ella debiera ser como yo. Tuvo la misma educación, los mismos principios, idénticos prejuicios, creció igual que yo en un mundo donde todo es fácil, trazado e ineludible. Pero ¿es ineludible? ¿Lo es realmente? ¿Por qué ella entonces se vino, sola, a París y está viviendo con un hombre en un hotel y no le importa lo que diga su madre, lo que piense el universo? ¿Es acaso vivir eso?”. Trató de concentrarse en lo que la muchacha decía y logró comprender frases, palabras, pero no el sentido general. Lo cierto era que estaba demasiado preocupada con sus propios problemas.

En ese momento se escuchó la voz de Tristán que llamaba a Verónica. Pocos segundos después apareció en el salón, limpio, con el cutis fresco y la mirada clara del que se acaba de bañar. Teresa se sintió reconfortada por su aparición. Trajo consigo una especie de armonía, de equilibrio, que en ese instante le era muy necesario.

Ahora fue él quien se sentó a su lado mientras Verónica iba a bañarse. Teresa le ofreció algo que beber y él rehusó.

—Gracias —le dijo—. Le aceptaría sí un vaso de agua. Tengo una sed horrible. No estoy acostumbrado a estos baños tan calientes. ¡Mire!

Y extendió hacia ella sus manos, mostrándole la yema de los dedos arrugados por el agua tibia.

—Dígame si no parecen manos de viejo — y las empuñó con fuerza.

—Voy a ir a buscárselo —exclamó Teresa saliendo de la pieza.

En la cocina encontró a Rosa muy enojada.

—Viera cómo han dejado la alfombra de su pieza. Yo no pienso secarla. ¡Qué gente tan mal criada!

Cuando ella volvió con el vaso de agua, Tristán le daba la espalda. Se había acercado a la ventana y miraba hacia la calle. “Qué curioso —pensó Teresa—, parece una de esas esculturas que vi la semana pasada en la exposición de Giacometti”. Y se mantuvo un segundo inmóvil en la puerta, tal como lo había hecho siete días antes en la galería. El muchacho le produjo idéntica sensación: encontrarse de pronto frente a algo depurado y real a la vez.

Tristán bebió el agua con avidez.

—Uno de mis hijos se llama Tristán —exclamó Teresa—. En mi país es un nombre muy raro. Todos me creyeron loca cuando lo bauticé así.

—Es un nombre que tiene sus defectos.

—¿Cuáles?

—Ante todo, evoca otro. No es un nombre solitario. Si uno se llama Carlos, se llama así simplemente. En cambio cuando uno escucha la palabra Tristán, de inmediato se piensa en Isolda. ¿Me comprende?

—Lo cual no deja de ser agradable, siempre que se tenga una Isolda —rió Teresa, y de inmediato se dio cuenta de lo tonta que era su frase. A este

muchacho no se le podía hablar en ese tono. Y varió—: Cuando nació n
hijo, yo estaba loca por la música de Wagner. Acababa de descubrirla.

—Mi madre también era wagneriana. Era de temperamento muy romántico. Como usted sin duda.

—Y usted ¿no lo es?

—No.

Fue definitivo en su respuesta. Y Teresa quiso saber más.

—¿Por qué?

—Porque no son tiempos para ser romántico, pero supongo que sobre todo será porque no tengo disposiciones para ello.

—¿Cuáles son esas disposiciones? — Inconscientemente Teresa empezó a coquetear con él, tal como lo había hecho siempre que se encontraba frente a un hombre. Era la única manera que le habían enseñado para tratarlos. Pero Tristán no pareció seguir ese juego y contestó muy serio:

—El ser ocioso. Y yo no lo soy.

—Verónica me ha dicho que quiere ser... astrónomo — le costó pronunciar la palabra, como si fuera una expresión leída en un libro de cuentos medievales.

—Sí, me interesa mucho la astronomía. Y todo el mundo del futuro está encaminado hacia allá.

Verónica apareció en ese momento.

—¡Ah! ¡Qué bien me siento! Es lo único que echo de menos en esta ciudad, los baños. Me entusiasma bañarme. Pero vamos atener que irnos. Ya es tarde.

—Quédense a tomar una taza de té.

—No. Hay que volver a Saint-Germain. Me regalé un par de entradas para ir a un concierto esta noche e invité a Tristán.

Se escucharon unas carreras en el pasillo y algunos gritos. Eran los niños que volvían del parque con Carmen, la cuidadora. Entraron al salón y se detuvieron un poco asustados al encontrarse con Verónica y Tristán.

—Saluden, niños, saluden.

Así lo hicieron y después de algunos segundos Verónica estaba sentada en el suelo jugando como un niño con los otros. Tristán, el pequeño, se había refugiado entre los brazos de Teresa y miraba fascinado a su sosía. Algo extraño había sucedido cuando ambos se enfrentaron. Por un instante las miradas se cruzaron en forma inteligente, como si ya se hubieran conocido. La madre sorprendió esa mirada y sintió miedo. Tuvo en ese instante la más clara sensación de que algo iba a suceder.

Pero muy pronto todo eso no fue más que un recuerdo. Los niños se perseguían a través de las piezas y gritaban y reían. Así cuando Verónica anunció que debía partir, se aferraron a su pollera y no la dejaron moverse. Finalmente los convenció de que volvería la semana próxima.

—¿Por qué no vienes a bañarte este otro viernes? —Teresa formuló la invitación con la mayor naturalidad—. Vengan todos los viernes a bañarse.

Quedaron de acuerdo para hacerlo. Y mientras Carmen se llevaba los niños a la pieza de baño, Teresa se acercó a la ventana y miró cómo la pareja se alejaba por la vereda, bajo los árboles que ya comenzaban a perder sus hojas.

Tristán entró en ese momento en el salón.

—Mamá..., mamá... —llamó.

Teresa se dio vuelta y, como siempre, la sorprendieron los ojos de su hijo, la mirada en esos ojos, la forma como parecía traspasar los objetos. “Idéntica a la del otro Tristán”, pensó.

—Mamá, ¿quién era ese señor?

—Un amigo de tu prima Verónica que se llama Tristán como tú.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Se parece mucho a ese caballo que tiene un cuerno en la frente y que todos los días veo en el parque.

Desde entonces fue costumbre que Verónica y Tristán vinieran a bañarse los viernes. Teresa esperaba ese día con verdadera ansia, como un colegial aguarda los domingos. Le gustaba ver su departamento invadido por esa pareja tan joven que llegaba como un golpe de viento, lo revolvía todo, dejaba la huella de los pies húmedos sobre la alfombra de su dormitorio y las toallas en los rincones. Rosa protestaba semana a semana, pero en una ocasión Tristán le trajo un ramo de violetas, y cambió su actitud censora por una benevolente. Después de algunas semanas, lo adoraba. Solía prepararle tortas especiales, y, después del baño, todos juntos con las empleadas y los niños, tomaban el té sentados en el suelo del salón, riendo y bromeando.

Los niños se ubicaban en torno a Verónica, que les contaba historias de hadas y duendes que se escondían bajo las flores y las empujaban hacia el cielo. “Así es cómo crecen las plantas”, les decía, y los niños asentían maravillados. Tristán explicaba detalles acerca de las estrellas que eran aún más extraordinarios que los cuentos de Verónica, y más de una vez salieron todos al balcón para contemplar un astro especialmente luminoso.

Durante esas tardes de los viernes vivían una existencia absolutamente mágica. A Teresa le parecía retroceder en el tiempo y encontrarle a su vida una cierta lógica, la de su niñez. Después de todo, de repente, se había perdido. En cambio esos niños transcurridos en la casa de sus padres habían sido ricos, ricos en experiencias y en recuerdos. Todos ellos volvían ahora. Sentada entre los dos Tristanes, el viejo y el chico, como los había bautizado, lograba a veces recapturar esos años idos y se sentía tan joven como sus hijos.

José Pedro no aprobaba del todo estas reuniones. Lo cierto era que nunca las presenció. Pero llegaba después del diluvio, cuando Rosa secaba alfombras y Carmen trataba en vano de acostar a los niños, que quedaban muy excitados.

—¿No crees que es demasiado? —le decía a su esposa.

—No —contestaba Teresa—, les hace bien. Se entretienen.

Y era ella la que más se entretenía, la que habría sido incapaz de sacrificar esas tardes.

Poco a poco fue enhebrando una gran amistad con Verónica. A veces iba a buscarla al restaurante y salían juntas a caminar. En esos paseos siempre rumbo llegó a conocer París como nunca antes lo había logrado. Se internaban por calles desconocidas, desembocaban en placitas pequeñas o frente a los grandes monumentos, así, de pronto, como si los sorprendieran.

Al volver al hotel Prince, subían al quinto piso y, mientras Verónica preparaba café en el anafe a alcohol, Teresa abría el paquete de pasteles que acababa de comprar y se sentía feliz. Feliz de estar ahí, más feliz de lo que se había sentido durante mucho tiempo.

Tristán llegaba a veces y tomaba café con ellas. No hablaba mucho y cuando lo hacía, era en frases cortas, definitivas, como si todo lo que dijese fuera importante y estuviera envuelto en el ropaje necesario. Teresa se sentía un poco intimidada frente a él.

—Me siento tonta — le confió un día a Verónica —. Y creo que nunca más me voy a atrever a hablar delante de él.

—Cómo se te ocurre. No hay que hacerle caso cuando habla con ese tono. Es grave por naturaleza.

—Y tú..., ¿sigues viviendo con él?

—Claro que sí. Qué pregunta más rara, Tere. Parece que te importara.

—¿Qué me importara qué?

—El que yo viva con él.

—¡Qué tontería! ¿Por qué habría de importarme?

Pero al volver a su casa en el autobús tuvo que ser absolutamente sincera y aceptar que en realidad le importaba. El autobús se había detenido frente a uno de los puentes que cruzan el Sena y, en su otro extremo, se divisaba la plaza de la Concorde sobre la que caía una garúa fina. ¿Por qué me importaba? ¿Qué tengo que ver con ellos? Ni siquiera me une un grado de parentesco con Verónica. Y en cuando al muchacho, jamás he conversado a solas con él ni siquiera lo miro, no sé cómo es. Pero también hubo de confesarse que todas estas eran mentiras y que tenía una imagen muy precisa de Tristán. A veces, en las noches, despertaba recordando que había soñado con él.

Y ese día, después de comida, de pronto se sintió molesta, o más bien distinta. Estaba sentada con José Pedro en el salón. Él leía un periódico de

su país y comentaba a ratos las noticias. “Murió Fulano”, decía, o “la Mineral Este subió dos puntos”, y Teresa no lo escuchaba. Había colocado un disco en el fonógrafo, queriendo dar la sensación de que estaba absorta en la música. Pero en realidad pensaba en Tristán. “Qué distinta me siento. Como si no estuviera aquí junto a José Pedro, sabiendo que los niños duermen en la pieza al fondo del corredor. Estoy... –y buscó una palabra que pudiese traducir lo que experimentaba–, estoy muerta. Salvo esa parte de mí que se aferra al recuerdo de Verónica, de mis caminatas con Verónica, de las tardes de los viernes y de Tristán. Lo veo de pie junto a la ventana, tal como lo descubrí esa tarde. Es lo único que logro evocar”. Y pensó en el otro Tristán, en su hijo. “Sí –concluyó–, la mirada de mi hijo y esa imagen junto a la ventana son los dos hechos reales en mi vida. Y qué extraño, los dos se mezclan, se confunden, llegan a ser uno. Se mezclan”, repitió. Y debe de haberlo dicho en voz alta, porque José Pedro sin bajar el periódico exclamó:

–¿Cómo?

–¿Qué?

–Creí que habías dicho algo.

–No. Nada.

Dio vuelta una hoja.

–¿Qué te pasa? –preguntó.

Teresa miró el sillón donde su marido estaba sentado. Su vista se clavó en un anuncio de la primera página del periódico, la fotografía de un hombre alto con abrigo bajo el cual se veía la palabra “Liquidación” escrita en caracteres gruesos. Estuvo tentada de contestar: me pasan muchas cosas, y, acto seguido, contarle todo lo que había experimentado en los últimos tiempos. Pero no se sintió impulsada a hacerlo. Siempre le sucedía lo mismo. Pareciera que las acciones, el ímpetu para llevar a cabo las acciones, nacieran muertas. Faltaba en ella algo esencial, una especie de vitalidad, y eso la hacía permanecer ahí donde estaba, en un sillón frente a un hombre invisible tras un periódico, escuchando una música que no oía.

–No me pasa nada.

Al día siguiente, día viernes, Tristán llegó solo.

–Verónica va a venir más tarde –explicó–. Tuvo un inconveniente.

Carmen todavía no regresaba del parque con los niños. Fuera de Rosa, que trajinaba en la cocina, estaban solos en el departamento. “Por primera vez”, pensó Teresa, y se sintió molesta.

Desde el salón escuchó el ruido que hacía el agua al caer dentro de la tina. También oyó una canción tarareada y percibió el olor del jazmín que había comprado esa semana. Pareciera que sus sentidos se hubiesen aguzado, y, al mismo tiempo, se supo invadida por una gran nerviosidad.

Fue al fonógrafo y lo hizo funcionar. Se escucharon los primeros acordes

del preludio de "Tristán e Isolda". "Esto debe de haber sido lo que oí anoche, cuando José Pedro leía, cuando yo pensaba", alcanzó a decirse, ya la música obraba como un sortilegio. Abandonó el salón y caminó lentamente a través del pasillo hacia su dormitorio. Antes de entrar, se detuvo un instante. Miró su mano y vio que temblaba al empujar la puerta.

Tristán en ese momento salía de la sala de baño. Se había envuelto en una toalla y tenía los cabellos revueltos, los hombros salpicados. Al verlo se detuvo sorprendido.

–Wagner... "Tristán" – comentó el muchacho, y por primera vez su voz sonó falsa.

–"Tristán e Isolda" – rectificó ella. De pronto Teresa se sintió muy tonta. Más que eso, la invadió una intensa sensación de ridículo y solo pensó en correr a la pieza de los niños, donde se sentó sobre una de las camas y dejó que el tiempo pasara, pasara.

Cuando volvió a salir, Tristán ya había partido. Verónica llegó más tarde y ella se guardó bien de contarle lo que había sucedido. Como siempre, la muchacha jugó con los niños. Construyeron una casa con sillas en medio del salón y luego los cuatro se metieron dentro y, en algunos minutos, revivieron el día de una familia. Tristán, el más pequeño, era el padre y naturalmente Verónica fue la hija menor. Teresa no participaba en las alternativas. Desde el sofá los contemplaba, sin verlos realmente, preocupada de la escena que acababa de protagonizar y que sopesada así, con perspectiva, le parecía aún más absurda. "Qué irá a pensar de mí – se decía –. Una vieja de treinta y cinco años que se hace pasar por heroína de drama romántico y abre puertas, lanza miradas al son de Wagner. ¡Qué ridículo! Y sobre todo, qué humillante. No voy a ser capaz de volver a mirarlo".

–Este es el jardín. – Verónica trazaba como un arquitecto los límites de la casa –. Aquí hay un árbol. A ver, pásame esa planta. Eso es... y aquí la casucha del perro..., claro que necesitamos un perro. ¿Lees gustan a ustedes los perros?

–A mí me entusiasman –respondió María Cecilia, la mayor, que ya empezaba a imitar a su ídolo Verónica.

–Entonces anda a buscar uno –le dijo–; y vamos a necesitar otros animales.

–Podríamos traer ese caballo –exclamó Tristán.

–¿Qué caballo?

–Uno que veo todos los días en el parque, uno que tiene un cacho en la frente.

–¡Un unicornio! –gritó Verónica–. ¿Escuchaste, Tere? Tu hijo ha descubierto un unicornio. Cuéntame, cuéntame cómo es.

Y tomó al niño entre los brazos, lo llevó a un rincón y le hizo relatar detalle por detalle la historia del caballo con un cuerno en la frente. Verónica

bebía las palabras del niño, ansiosa de magia, como si deseara creer todo lo que él le decía.

Teresa abandonó sus problemas para mirarla. Se dio cuenta de que la muchacha perseguía la inocencia a través del cuento de su hijo. La perseguía con desesperación. Pareciera creer que esas palabras iban a contaminarla, como una enfermedad, y sedienta de inocencia se exponía a ellas. Entonces Teresa creyó comprender: esa vitalidad que siempre la había sorprendido en la muchacha no era sino la búsqueda angustiada de la inocencia. Todo aquello que ella juzgaba como madurez equivalía a retroceder en el tiempo para encontrar algo que se había perdido, algo en lo cual se podía creer.

Y tal vez ahí también radicara la raíz de la diferencia entre su generación y la de Verónica. “Ella ha perdido su inocencia y la busca con ahínco. Yo no la he perdido, pero dejé que se adormeciera en mí, no la transformé en cosa alguna, no la hice madurar. La guardo como una semilla dormida e inútil, y eso, hasta cierto punto, me impide vivir”.

“Pobre –se dijo–, pobre Verónica, en el fondo no es más feliz que yo, ni más realizada, ni más viva. Ambas hemos perdido algo y me pregunto cuál de las dos ha perdido más”.

–¡Tere! –gritó Verónica a través de la pieza–. Tu hijo dice que el unicornio se parece a Tristán, a Tristán el viejo.

–Sí, ya me lo había dicho.

–Se lo tengo que contar – y de pronto se detuvo en medio de la risa, una sombra cruzó su rostro, como si hubiera entrevisto algo, y concluyó –: A lo mejor... tú sabes que el unicornio es un símbolo de pureza, de virginidad.

–No, no lo sabía.

–A lo mejor Tristán es un unicornio... y –de repente destruyó el clima que ella misma había estado creando al decir–: De todos modos sirve para darse cuenta de que tiene cara de caballo.

En ese momento María Cecilia entró con un perro que le había pedido prestado al vecino y todos corrieron a rodearla. Era un *fox-terrier* de pocos días que miraba con temor esos rostros que le gritaban palabras y esas manos que trataban de acariciarlo. De inmediato se les olvidó el juego de la casa y cuando José Pedro llegó, las sillas todavía estaban amontonadas en el centro del salón y los niños, junto con Verónica y Teresa, gritaban en la cocina tratando de que el perro bebiera un platillo de leche.

José Pedro saludó con ciertas reservas a Verónica. Y cuando más tarde durante la comida Teresa se lo hizo notar, contestó:

–No me importa que tengas amistades bohemias, pero lo menos que puedo pedir es no encontrarlas cuando llego a mi casa. No me gusta esa gente. No saben trabajar. Son unos ociosos que se lo pasan protestando y a ellos se

deben todas las calamidades de este de este mundo. Hay que venir a Europa, Teresa, para conocerlos y darse cuenta de que son la hez de la tierra.

Pero Teresa se había distraído apenas José Pedro inició su discurso. Volvió a pensar en la escena de la tarde y se avergonzó como entonces. "Nunca, nunca voy a poder volver a mirarlo".

—No me importa que me encuentres la razón. Lo único que te pido que respetes mi casa y mis niños.

Hubo un silencio y Teresa se sintió obligada a decir algo.

—Claro que no importa —exclamó. José Pedro levantó la mirada del plato de sopa, descubrió el rostro absolutamente inexpresivo de su esposa, decidió seguir comiendo y no volver a hablar.

El descubrimiento que había hecho a propósito de Verónica la tranquilizó. Al comprender que la muchacha tampoco era feliz, la consideró como una aliada. La amistad entre ambas se estrechó. Jamás llegaron a hablar de todo esto, pero Teresa sentía que el precipicio entre las dos se angostaba, que aquellos quince años de diferencia no eran un escollo y hasta le estuvo agradecida por haberle ayudado a descubrir la aparente causa de su vacío, esa inocencia dormida y olvidada al fondo de ella.

No volvió a ver a Tristán. El viernes siguiente no acudió, enviando con Verónica una disculpa banal. Teresa respiró. No deseaba verlo todavía, no se sentía con fuerzas para hacerlo.

Pero la imagen del muchacho persistía. En los momentos más inesperados, la clavaba en su sitio, la llenaba toda como una música que se escuchaba de pronto. Invitada por una amiga francesa, tuvo que ir a una representación que daba la compañía de la Ópera de Hamburgo, de paso por París, de "Tristán e Isolda". Fueron cuatro horas de martirio, muda y exhausta en su asiento, rememorando la escena de aquel viernes. Sin embargo, aquello le hizo bien. Salió del teatro restablecida, como un enfermo después que la enfermedad ha hecho crisis, y mientras se despedía de su amiga y caminaba hacia la plaza de l'Alma para atravesar el Sena, decidió llamar a Verónica para invitarla, a ella y a Tristán a su casa.

Fue Verónica quien le formuló una invitación en cambio.

—Justamente te iba a llamar, Tere. Mañana vamos a tener una fiesta aquí, en la pieza, y quiero que vengas. A tu marido no lo invito, porque no creo que quiera venir. No llegues muy tarde, porque la *concierge* empieza a protestar.

Lo único que se le ocurrió a Teresa fue preguntar:

—¿Cómo hay que ir vestida?

—Como quieras.

En un comienzo pensó decirle a José Pedro que iba a ir a una fiesta donde Verónica, pero por último decidió mentirle. Le contó que una amiga

francesa, la misma que la había invitado a la ópera, le había pedido que la acompañara a visitar a unos amigos en Versalles.

—Tiene mucho interés en que los conozca, porque me ha dicho que son personas muy cultas...

La mentira era demasiado larga y Teresa lo notó. Sin embargo desde hacía un rato José Pedro no la escuchaba. Ella lo miró, y, por primera vez, se alegró de que así fuera. Por lo demás esa invitación la había hecho sentirse joven, nerviosa e impaciente, como cuando debía ir a un baile en los tiempos en que era soltera. Experimentaba la misma urgencia, una mezcla de temor y agrado, y preparó todos los detalles con meticulosidad.

A las nueve de la noche se despidió de los niños. José Pedro no llegaba todavía. “Sin duda habrá tenido que ir a recibir a algún compatriota”, pensó Teresa mientras besaba a Tristán. El niño se irguió en la cama, le hizo señas para que acercara su rostro y le murmuró en la oreja:

—Hoy día el caballo me hizo una seña, mamá. Inclino la cabeza dos veces.

—¡Qué bueno! — interrumpió ella —. Mañana me cuentas.

Las calles estaban húmedas, porque en la tarde había llovido. Las luces se reflejaban sobre el pavimento y la noche tenía un aspecto de fiesta y de misterio. El taxi siguió por Saint-Germain y Teresa lo hizo detenerse cerca de la calle Monsieur le Prince. “Voy a caminar un poco”, pensó mientras pagaba. Pero lo cierto era que no quería que la viesan llegar en automóvil.

Ya desde la puerta se escuchaba la música. Una orquesta sincopada cuyo ritmo nada tenía que ver con este edificio ni con esa escalera estrecha, pesada de años, por la cual subía Teresa.

En la pieza no había más de siete personas, pero como el cuarto era pequeño, parecía repleto. Todos eran jóvenes (“y me siento tan vieja”, pensó Teresa), todos estaban vestidos con ropas sin ubicación precisa en el tiempo y, mientras los hombres usaban los cabellos largos, las muchachas habían cortado los suyos, de manera que a primera vista resultaba difícil distinguir los sexos. Teresa saludó a Verónica, que atravesó la pieza, saltando sobre los que se habían sentado en el suelo, para recibirla. Y luego le fueron presentados los otros. A medida que Verónica pronunciaba sus nombres, levantaban la cabeza, la miraban, saludaban muy serios y volvían a concentrarse en la música.

—Y a Tristán a quien conoces — exclamó finalmente Verónica.

Teresa lo miró con cierto temor. Era la primera vez que volvían a verse después del incidente. El muchacho estaba de pie en un rincón, junto al fonógrafo, vestido de colores claros, misterioso en la semioscuridad que llenaba ese lugar. Al sentirse aludido, apartó la mirada de un disco que sujetaba entre las manos y clavó su vista en la mujer. Dos veces inclinó la

cabeza y, más que un saludo, a Teresa le pareció una llamada. Súbitamente recordó lo que su hijo le había dicho al despedirse: "Hoy día el caballo me hizo una seña, mamá. Inclino la cabeza dos veces". Y el gesto de Tristán le pareció algo que ya había vivido antes.

No se conversaba en esa fiesta. Todos permanecían sentados, alguno sobre el suelo, otros en la cama, escuchando la música. A ratos una pareja se levantaba e iniciaba una danza en la cual el hombre apenas se movía y la mujer evolucionaba en torno a él. Verónica, que conservaba la misma avidez de siempre, se sentó junto a Teresa y le explicó quiénes eran los invitados.

—Pierre es pintor, y de los buenos. Es posible que este invierno haga una exposición. Y esa rubia se llama Geneviève. Quiere ser actriz. Y es casi seguro que dentro de poco tendrá un papel en una película. Y ese es Luis —¿Cuál?

—Ese que está de pie junto a Tristán. Es compatriota nuestro. Escribe. Espera, lo voy a llamar.

Luis vino a sentarse junto a ella. Era alto y tranquilo. Daba la sensación de una persona que contempla en vez de vivir. Enhebraron una conversación banal acerca de París, de las ventajas de estar en París, de lo diferente que era la existencia acá y en Sudamérica, y de pronto él le dijo:

—Verónica me contó que usted es casada con un secretario de la embajada.

—Sí.

—Yo conozco a otro de los secretarios, a Eduardo...

—¡Eduardo! —no lo dejó concluir—. Por supuesto. Es muy amigo mío.

Súbitamente Teresa se sintió contenta de haber encontrado un punto de relación en esa fiesta. E iniciaron una larga conversación acerca de Eduardo. Luis le contó que era él quien había conseguido el departamento donde Eduardo vivía ahora, en el Quai Voltaire, y empezó a relatarle las vicisitudes que tenía con la propietaria. Teresa seguía todos los detalles con sumo interés. De vez en cuando miraba hacia el rincón donde permanecía Tristán y apenas él daba vuelta la cabeza, volvía rápidamente a concentrarse en las palabras de Luis. "Qué tontería —pensaba al mismo tiempo—, venir a una fiesta como esta y hablar toda noche acerca de Eduardo que me aburre de sobremanera".

Al cabo de un rato, Verónica anunció que iban a comer. Colocaron una silla junto a la cama y, como un puente sobre ambas, el espejo que colgaba en la pared. Vaciarón sobre el espejo dos cajitas llenas de ensalada de papas y Verónica repartió tenedores para que comieran. Mientras tanto Tristán abrió tres latas de sardinas y también las colocó sobre el espejo. Los siete jóvenes se reunieron en torno a la bandeja y con la mayor naturalidad empezaron a comer.

—¿Qué es lo que hay que hacer? —le preguntó Teresa a Luis—. Es la primera vez que vengo a una de estas fiestas.

—Acérquese.

La llevó junto al espejo y le mostró cómo los demás comían. Teresa se sintió torpe, absolutamente extranjera a todo esto y fue solo al inclinarse para tomar con su tenedor algunas de las rodajas de papa y ver reflejado ahí, entre las sardinas y la mayonesa, el rostro de Tristán, que la alentaba a seguir con una sonrisa, que se sintió reconfortada y tragó las papas, sin gustarlas, sin pensar, como lo hacía en el colegio.

—¿Les gustan? ¿Están buenas? —preguntaba Verónica, y los otros contestaban con gritos y risas. Porque a estas alturas la fiesta se había animado. Alguien encendió la ampolleta que colgaba del centro del techo y la luz áspera parecía haber despertado a los jóvenes. Hablaban ahora, ahogando la música, como si jugaran a algún juego apasionante en el cual la regla exigía que se rompieran todas las convenciones para poder encontrar lo que estaba al comienzo de las cosas y que no podía ser sino la inocencia. “Sí, a eso juegan —pensó Teresa—, a ser niños nuevamente, a ser como los míos, inconscientes, instintivos, absolutamente libres”. Y de inmediato pensó que este juego tenía mucho del escondite.

—¿En qué piensa? —preguntó Luis.

—No sé si puedo explicárselo —contestó Teresa—. Me da la impresión que todo esto es un juego. ¿Cómo decirle? No es que no sea real, no, no es eso. Lo que quiero decir es que están jugando con los ojos abiertos.

—My posible. Ya son demasiado grandes para jugar de otro modo. Pero no crea que estén tratando de engañarse. Son demasiado inteligentes para eso y han visto demasiado. Hoy día se nace sabiendo. Lo que sucede es que el mundo, quiero decir la forma como los hechos se han ido desarrollando en el mundo, los ha privado de todo lo que usted, y yo hasta cierto punto, tuvimos en nuestra niñez. Y ahora están tratando de recapturarlo. Es una búsqueda y, como al mismo tiempo tiene caracteres de revancha, no puede ser sino una búsqueda violenta.

—No comprendo —interpuso Teresa, y era verdad. Aprehendía el sentido general de lo que ese hombre decía, pero algo se escapaba, algo que le impedía ver las cosas bajo una luz desnuda.

—¿Qué edad tiene usted?

Teresa lo miró con coquetería, estuvo a punto de decirle: Ésas no son cosas que se le preguntan a una mujer. Pero se dio cuenta de que para Luis, y para todos los que estaban en ese cuarto, su frase no tendría sentido. Este no era un salón y no tendrían cabida los juegos propios de un salón. Esta era una jaula donde los animales estaban desnudos y se decían la verdad.

—Treinta y cinco años —contestó.

—Su generación fue muy distinta —continuó Luis—, sobre todo en nuestro país. Ustedes todavía alcanzaron a nacer protegidas por todo. Por sus padres, por el dinero, por su situación social. Y cuando se casaban, por un marido que solo les pedía que le tuvieran la comida a la hora y las camisas limpias. No, ni siquiera eso, porque las empleadas se ocupaban de las camisas y la comida. Por lo tanto tuvieron tiempo para crecer en forma normal para desarrollarse y enfrentar el mundo con un criterio formado...

“¡Qué mal nos conoce! —pensó Teresa—. Es verdad todo lo que dice, pero cuán mal nos conoce”. Tuvo ganas de interrumpirlo. Lo miró y comprobó que estaba entusiasmado con sus propias palabras. Se mantuvo entonces. Dejó que él continuara disertando y ella siguió su propio pensamiento.

“Es verdad —volvió a repetirse—, es verdad que tuvimos la oportunidad para crecer y desarrollarnos, mas ¿quién lo hizo? ¿Quién de mi generación llegó a ser verdaderamente adulto? ¿Cuál de mis amigas? ¿Cuál? Todas como yo, han despertado a la realidad cuando ya estábamos casadas. Hemos tenido que aceptar una vida que tal vez no habría sido la que por voluntad propia hubiéramos escogido. Nos embarcamos como sonámbulos. Justamente porque estábamos demasiado protegidas y nada, nada, nada nos hacía pensar que, fuera de lo que nos rodeaba, había otras cosas, otras posibilidades. No, Luis, nosotros, no tuvimos una ventaja. Si bien es cierto que conocimos una niñez, y dentro de ella la inocencia, jamás se nos exigió transformar esa inocencia en algo concreto y productivo, y la guardamos dentro de nosotros, sin haberle dado ningún uso. Lo peor de todo es que hoy día esa inocencia dormida nos impide actuar dentro de este mundo. Nos impide ser en una palabra, y mucho me temo que nuestra condena se permanecer así, ni mujer ni niña, nada, nada, hasta el final”.

—... en cambio ellos —continuaba Luis, dando vuelta la cabeza hacia lo que comían en torno al espejo —, ellos nacieron en un mundo donde no existía la protección, la mayoría creció durante una guerra y no hubo tiempo para que gozaran de una niñez. Perdieron la inocencia de golpe.

—Pero Verónica no creció acá, en Europa quiero decir y imírela!

—Hoy día el mundo es demasiado chico, Teresa. Las ideas corren rápido. No es como antes. En Sudamérica también existe una generación de postguerra, aun cuando no hayamos sufrido una guerra. Sí, reconozco que es absurdo, pero es así.

Tristán se acercó en ese instante. No preguntó de qué hablaban. Simplemente se sentó junto a la mujer y permaneció mudo. La conversación murió de pronto. Luis se alejó hacia el fonógrafo y ellos permanecieron solos.

—Estábamos conversando con Luis... —y apenas había pronunciado las primeras palabras, Teresa supo que esa no era la manera de iniciar una conversación con Tristán. Junto a ella, el muchacho parecía absolutamente

relajado. Nada en él, o en sus gestos, hacía alusión a la escena en su dormitorio. Y Súbitamente Teresa experimentó la misma tranquilidad y, apoyándose contra la muralla, no hizo el menor esfuerzo por hablar y contempló a Tristán, que se dejaba admirar como un animal hermoso.

Tenía el rostro delgado y la piel tensa sobre los pómulos y a nivel de la frente ancha. Bajo ella parecía arder una pasión secreta, algo oscuro, pensó Teresa, que a ratos se escapaba por la mirada penetrante de sus ojos. Permanecía ahí, junto a ella, como una figura hierática. Pero la mujer comprendió que por primera vez en su vida estaba con un ser en el cual sucedían transformaciones, un ser que era como un pequeño laboratorio, lleno de tubos, de redomas, de líquidos fermentantes, y que todos aquellos cambios repercutían sobre ella, sobre esa inocencia que dormía en su centro. Sí, como un vaso comunicante, Tristán se unía con ella y la despertaba.

Cunado los invitados terminaron de comer, volvieron a apagar la luz y se sentaron en el suelo para seguir escuchando música. Algunos cerraron los ojos, otros llevaban el compás agitando un pie o una mano. El humo llenaba lentamente la pieza y parecía concentrarse en torno a la lucecita que brillaba junto al lavatorio. Y Teresa experimentó la súbita urgencia de tomar la mano de Tristán. Ahí estaba, entre los dos, grande, recorrida por venas gruesas, sobre la colcha de la cama. La miró durante algunos segundos y luego, con un gesto brusco, colocó su propia mano sobre ella. El muchacho no hizo el menor movimiento y hasta el término de la fiesta permanecieron así, unidos por las manos.

“Ojalá que nadie nos haya visto”, se dijo Teresa mientras se desvestía en su propia pieza. José Pedro estaba durmiendo y en el departamento reinaba un gran silencio. “Ojalá que Verónica no nos haya visto, no creo que le guste”.

—Mamá... — en ese instante escuchó la voz de su hijo Tristán, que la llamaba. Rápidamente se dirigió a la habitación donde dormían los niños y encendió la lamparilla del velador.

—¿Qué te pasa?

—¿Te conté que el caballo me saludó hoy día?

—Sí, sí. Duérmete ahora.

—Y me acaba de dar la mano.

Teresa se inmovilizó. Estaba acariciando la frente de su hijo con su mano derecha, la misma con que había empuñado la de Tristán. La retiró con prontitud.

—¿Cuándo te dio la mano?

—Ahora, recién... — y casi no alcanzó a terminar la frase, porque el sueño lo invadía.

La mujer apagó la luz, volvió a su cuarto y se acostó.

—¿Qué te pasa? — En la sombra, José Pedro le hablaba.

—Nada.

—¿Te entretuviste?

—Sí, mucho. Mañana te cuento.

Pasaron algunos segundos y comprendió que José Pedro se había levantado. Se encaminó hacia el baño. En la penumbra distinguió su silueta, de pijama. “Parece un espantapájaros”, pensó Teresa, y se dio vuelta hacia la pared. Escuchó el ruido del agua en el lavatorio y el golpe sordo de la puerta al cerrarse. Y fue entonces cuando sintió que José Pedro se dirigía hacia su lecho. Dios mío, no, esta noche no. Pero ya el hombre se deslizó junto a ella y empezó a acariciarla en forma vaga, dormido aún, sin decir nada, como quien acaricia algo que le pertenece.

El teléfono la despertó muy temprano. José Pedro se estaba duchando. Las cortinas permanecían corridas y al ir a descolgar el fono, se dio cuenta de que había dormido desnuda.

Era Tristán. La llamaba para invitarla a una conferencia en la tarde, al que tal vez le interesará, dijo. Ella aceptó de inmediato y quedaron de encontrarse frente al Museo del Hombre a las tres y media.

Cuando José Pedro entreabrió la puerta del baño y apareció envuelto en la toalla, Teresa tuvo un sobresalto. “Qué curioso”, pensó por un momento..., pero luego distinguió los cabellos escasos de su marido, los brazos sin músculos y la expresión cansada del rostro.

“No — concluyó —, nada tiene que ver con la otra imagen”.

—Me pareció oír el teléfono. ¿Quién llamaba?

—Alguien que marcó equivocado —mintió.

—¡Qué rabia les debe dar a estos franceses cuando marcan un número equivocado! Cada comunicación vale treinta francos y con ello se desajusta toda la *petite economie*.

Rió. Había amanecido de muy buen humor. Y ese despliegue de conversación, las bromas que le hizo a Rosa cuando trajo el desayuno, se hicieron casi insoportables a Teresa. “Que se vaya luego, que se vaya”.

Fue a la peluquería en la mañana. A mediodía llamó por teléfono para decir que no volvería a almorzar. No habría soportado comer frente a José Pedro. Y a las tres y media en punto llegó al Museo del Hombre. Tristán y la esperaba.

—Rápido..., rápido. La conferencia empieza un cuarto para las cuatro. Ya ha llegado mucha gente. Quiero estar bien ubicado.

—¿Verónica no vino?

—No la invité —y Teresa, mientras lo seguía casi corriendo a través de los corredores, se sintió muy contenta de que no lo hubiera hecho.

Se trataba de una disertación acerca de los nuevos descubrimientos de la ciencia astronómica dictada por un profesor alemán que hablaba co-

dificultad el francés. Teresa comprendió poco. Pero de pronto oscurecieron la sala y el techo se transformó en una bóveda por la cual circulaban astros. La voz del hombre se hizo muy lejana. La mujer experimentó la sensación de ir navegando y estar apoyada en la baranda de un puente contemplando un cielo tropical. Junto a ella, Tristán estaba absolutamente absorto en las explicaciones. Mantenía el rostro paralelo al techo, con el cuello tendido y la mirada clavada en esas esferas luminosas que evolucionaban sobre ellos. "Nunca he visto alguien tan absorto –pensó Teresa–, tan ávido". Y nuevamente la palabra le evocó la boca de un pez apoyada contra de una redoma. Si por lo menos alguna vez en la vida pudiese sentir con esa intensidad. Una sola vez. ¡Cómo le habría gustado vibrar con algo, sentirse estremecida por algo, despertar de verdad, desnuda y vulnerable como un nervio! Y mientras contemplaba al muchacho, reunió sus cosas, sus pequeñas cosas, la cartera, los guantes, el sombrero que alguien le había hecho sacarse, y los ordenó sobre su falda.

Después de la conferencia, Teresa invitó a Tristán a tomar té.

–Nunca tomo té –dijo–, pero si quiere, la acompaño.

–Puede tomar lo que quiera. Vamos a un bar.

Entraron a un bar de la avenida Montaigne, oscuro, íntimo, inundado por una música que parecía provenir de muy lejos. Pidieron dos whiskies y Teresa volvió a sacarse el sombrero. Él empezó a comentar la conferencia. Todos esos temas lo apasionaban. Volvió a repetirle lo que le había dicho la primera vez que conversaron, que el mundo se regiría por otros cánones en el futuro, que la astronomía sería la única ciencia verdaderamente importante. Y de pronto le preguntó:

–¿A usted le interesa todo esto?

–No sé –contestó Teresa con sinceridad–. Nunca antes había pensado en estas cosas. Parece que he vivido en otro mundo. A mí me gustan, quiero decir que me interesan, otras cosas. Los sentimientos, por ejemplo, lo que sucede a uno.

Rió sintiéndose un poco tonta.

–Usted está hablando de cosas pasadas, Teresa. Todo eso ya murió. ¿No se da cuenta? Ese es un mundo anticuado. Los sentimientos, el amor, esas pequeñas cosas que le suceden a todo el mundo. Ahora tenemos que vivir en otro, en este mundo que nos rodea y que todavía no logramos comprender. Este es el mundo en el cual el hombre y esas cosas que le suceden, como usted dice, no tiene cabida, o por lo menos no se le ha encontrado cabida aún. ¿No se da cuenta? Este es un mundo desordenado.

–¿Desordenado?

–Es un mundo que ha cambiado de centro. Antes se vivía en un planeta redondo, vagamente rodeado por un cosmos que para nosotros, los habi-

tantes comunes y corrientes, era desconocido. Nuestro centro era el hombre. Lo que importaba, los sentimientos del hombre. En cambio hoy día nos dice que el universo es mucho más grande, que hay bombas que con una explosión pueden hacer desaparecer pedazos de este globo, se habla de las estrellas, de la luna, de los otros astros, se nos agranda de golpe el campo de percepción y en medio de todo eso, ¿qué es el hombre? ¿Es el centro acaso? ¿Podría serlo aún? ¿No es acaso demasiado inmenso el cosmos y demasiado pequeño el hombre? Y si no es él, ¿cuál es el centro entonces? Tenemos la obligación de buscarlo. Tenemos que dejar atrás todo lo que arrastramos durante siglos, los prejuicios y las ideas preconcebidas. ¡Este es un tiempo nuevo, Teresa! Y tenemos que ser consecuentes con él.

A medida que hablaba se había ido exaltando. “Menos mal que estamos solos en el bar –pensó Teresa–. No comprendo todo lo que quiere decir pero debo confesar que es la primera vez que siento algo cuando me hablan. Siento profundamente. Siento que hasta ahora todo ha sido un poco inútil, mi vida quiero decir. Siento que debo cambiar. Siento que algo va a sucederme y que es a través de Tristán que ello llegará”. Y de pronto se detuvo: “¿No estaré enamorada?”, se preguntó.

Tristán seguía hablando. Hacía caso omiso de ella. Sus propios pensamientos y la posibilidad de expresarlos en voz alta le bastaban. Se levantaron y caminaron hacia la puerta. Teresa había dejado un billete sobre la mesa y el muchacho no parecía haberse dado cuenta de su gesto o, si lo había visto, no hizo ningún comentario. El hombre que estaba limpiando copas tras el mesón sonrió levemente y fue a recoger el dinero.

Caminaron hacia el paradero del autobús. Súbitamente Tristán había enmudecido y entre ellos se creó un clima tenso, parecido a la sensación que sobreviene antes que estalle una tempestad. “Algo va a suceder –pensaba Teresa–, algo va a decir y lo que diga será definitivo”.

Al cruzar el Sena, se detuvieron un instante en el puente. Él miró hacia arriba, hacia el cielo, y ella, los arabescos que trazaban las luces sobre el agua. “Me va a besar, estoy segura que de pronto me va a tomar entre sus brazos y me va a besar”. Se apoyó ligeramente contra él, le hizo sentir que estaba ahí, pero el muchacho no se dio por aludido.

–Mire –exclamó al mismo tiempo que señalaba con una mano hacia el cielo–. Esa es la constelación sobre la cual habló.

–Sí –dijo ella, sin mirar, y se agarró con todas sus fuerzas a la balaustrada de piedra para que muriese en ella la rabia que sentía–. Esa es la constelación.

Al acercarse al paradero del autobús, vio a Eduardo. Durante un brevísimo segundo trató de evitarlo, pero el hombre ya la había divisado y avanzaba hacia ella.

—¡Qué suerte! —exclamó al estrechar su mano—. Justamente voy a comer a tu casa. José Pedro me invitó.

Teresa le presentó a Tristán. “Tengo que hablarle a José Pedro antes que Eduardo lo haga —se dijo—. No debo darle la impresión de que estoy haciendo algo prohibido”. Y ella misma se contestó con una pregunta: “¿Pero es prohibido acaso lo que hago?”.

—No es necesario que me acompañe a mi casa, Tristán. Hasta luego y gracias por la invitación. Lo veo pasado mañana.

—¿Pasado mañana?

—El viernes. Supongo que vendrá a bañarse con Verónica.

En el autobús Teresa habló sin cesar. Le contaba a Eduardo quién era el muchacho, cómo lo había conocido y lo de los baños. Reía al relatar todas estas cosas, como si no tuvieran importancia, como si fuesen divertidas. Y poco a poco su nerviosidad iba aumentando, las frases se hacían más rápidas, más incisivas las risas, y cuando descendieron del autobús, corrió casi hacia el departamento, rezó para que el ascensor subiera más rápido y se precipitó dentro del salón donde estaba José Pedro para contarle donde había pasado la tarde, con quién y cómo encontró a Eduardo en el paradero del autobús.

—He estado tratando de localizarte durante todo el día —contestó él sin escuchar lo que ella decía.

—No pude volver a almorzar.

—Quería avisarte que Eduardo venía a comer.

—¿Por qué no hablaste con Rosa?

—Fue lo que hice.

—¿Y?

—Pero ella no es la dueña de casa. No sé lo que se le habrá ocurrido hacer de comer.

—No tiene importancia, viejito —terció Eduardo, dándose cuenta que la conversación amenazaba tornarse desagradable—. Ya sabes que yo me contento con poco. Para eso tengo reserva.

Y se golpeó el vientre con una mano.

—Voy a ir a ver —dijo Teresa.

—No se molesten por mí. Claro es que si me ofreces un traguito...

La mujer escuchó esta última frase desde el corredor y, antes de entrara en la cocina, pensó: “¿Por qué no se irá? ¿Por qué no se irán los dos? ¿Por qué no se irán al diablo?”.

—Mire las horas en que llega —exclamó Rosa al verla aparecer—. Don José Pedro tiene un invitado, los niños no han querido acostarse y Tristán está con fiebre.

—¿Con fiebre?

—Sí, llegó del parque. La Carmen le puso el termómetro, pero como nosotras no sabemos leer eso que marca...

Teresa se encaminó rápidamente a la pieza de los niños. Los dos mayores, disfrazados de indios, se perseguían entre los muebles. Tristán en cambio estaba acostado, inmóvil, con el rostro febril y la mirada más intensa que nunca.

—¿Qué le pasa, mi hijito?

El niño la miró y, al reconocerla, sonrió apenas.

—Tengo sed —dijo.

Fue a buscarle un vaso de agua y le colocó el termómetro. Mientras tanto impartió algunas órdenes: los otros niños se acostaron y, a los pocos minutos, dormían; llamó a Rosa y le dispuso una comida rápida; envió a Carmen al salón a decirle a José Pedro que se sentaran a la mesa sin ella que iría más rato. De pronto todo volvió a la normalidad. Teresa se sorprendió al ver que era ella quien había ordenado ese caos. ¿Será siempre así? Qué raro que nunca me hubiese dado cuenta de todo esto. Quién sabe si no es aquí donde yo tengo algún sentido, alguna justificación.

—Mamá...

—¿Sí?

—Hoy día me encontré con el caballo en el parque.

—¿Ah, sí?

—¿Y adivina lo que me regaló?

—No hables tanto, te puede hacer mal.

El termómetro marcaba treinta y nueve grados. Teresa decidió darle una aspirina y esperar. Poco rato después el niño dormía y ella volvió al comedor.

Eduardo y José Pedro conversaban, como de costumbre, acerca de los asuntos de la embajada. Contaban anécdotas de sus compañeros, los criticaban, los ridiculizaban. A Teresa le aburrían estas historias y mientras los hombres dialogaban, mientras Carmen traía y retiraba los platos, ella volvió a pensar acerca de lo que había experimentado en el dormitorio del niño. De pronto se había sentido centro en esta casa, una especie de rodamiento necesario para que toda la máquina funcionara. "Yo soy centro acá, centro de este mundo, y entre estas cuatro paredes no existen constelaciones ni lunas ni mundos desordenados. Aquí hay una familia, con un comedor donde el marido conversa con un invitado, una cocina con dos sirvientas, y, más allá, una pieza donde duermen dos niños sanos y uno enfermo. Todo esto es real, palpable y absolutamente cierto. Todo esto es mi existencia".

—Dicen que es tan avaro —comentaba José Pedro— que manda las cartas por correo ordinario.

—Sí, ya me lo habían contado...

“¿Y por qué entonces no la siento llena? ¿Por qué experimento esta sensación de vacío? ¿Por qué me he quedado atrás siendo que debería darme por enterada que sostengo las riendas en mis manos? ¿Qué todo esto es mío? ¿Por qué?”.

—Otro traguito sí que aceptaría, viejo. Espero que tu whisky sea del bueno y no como el de...

“¿Acaso tiene algo que ver con esta inocencia dormida al fondo de mí misma? ¿Con la vida protegida que he llevado, como decía ese amigo de Eduardo en la fiesta?”.

—El otro día conocí a un amigo tuyo, Eduardo.

Los dos hombres se vieron interrumpidos en plena conversación. José Pedro tuvo un gesto de desagrado, pero Eduardo se dio vuelta hacia ella y preguntó:

—¿Quién sería?

—Un compatriota, un escritor que vive aquí en París.

—¡Luis! Debe ser Lucho. Es un buen muchacho. Un poco ocioso. Escribe cuentos o algo por el estilo.

—Un artista —intervino José Pedro subrayando la palabra.

—Sí, pero no de los que vienen a molestar a la embajada. Este tiene dinero, o por lo menos la familia tiene y le mandan una mesada. Además yo le tengo especial simpatía, porque me ayudó a encontrar mi departamento. Este no es como esos pajarracos...

“Es imposible que a los treinta y cinco años no me haya sentido jamás una mujer —pensó Teresa—. Sin embargo, así es”.

Tomaron el café en el salón. Después de una media hora, ella se excusó y fue a ver a Tristán. El niño seguía durmiendo. La fiebre había bajado, porque tenía la frente más fresca. Teresa creyó ver que sujetaba algo entre sus manos, pero no quiso prender la luz para no molestarlo. “Debe ser algún juguete”, se dijo.

Eduardo se despidió cerca de medianoche.

—¿Cómo está el niño? —preguntó José Pedro.

—Mejor, ya no tiene fiebre.

—¿No será preferible llamar al médico?

—Esperemos hasta mañana.

—Bueno —contestó él mientras desatornillaba la tapa de la pasta de dientes con meticulosidad.

“Hace catorce años que lo veo hacer lo mismo —pensó Teresa—. Catorce años que deja la tapa en un rincón del lavatorio y catorce años que yo se la coloco al tubo después que me he lavado los dientes. En un comienzo aquello me irritaba; se lo dije, él trató de corregirse, pero no lo logró. Después

terminó por serme indiferente el tener que atornillar esa tapa y ahora creo que hasta me agrada, me hace sentirme indispensable y parte de todo un engranaje destinado a producir armonía. Creo que si de pronto empezara a tapar él mismo el tubo de pasta, sentiría un desasosiego, tal cual si escuchara de pronto un acorde disonante en el medio de una sinfonía. ¿No sucederá acaso lo mismo en la vida? Al comienzo hay desagrado, luego indiferencia y por último placer. ¿No será ése el secreto? ¿No estará la clave en lo que se repite día a día, en lo que permanece?”. Y de pronto experimentó una gran tranquilidad al sentirse en su lecho, entre las paredes de su dormitorio, mirando la espalda de José Pedro, que se lavaba los dientes y sabiendo que los niños dormían a unos cuantos metros y que Tristán... Pero al pensar en su hijo menor, todo el edificio que había estado construyendo se derrumbó. Siempre sucedía lo mismo. Ese niño era distinto y le evocaba sensaciones distintas, la hacía sentir de modo diferente.

Apagó la luz de su velador y de inmediato la asaltó el recuerdo de Tristán, del otro Tristán, y se mantuvo tensa bajo las sábanas, tan tensa como la primera noche de su matrimonio, con esa mezcla de impaciencia, temor y deseo que José Pedro no había sabido satisfacer.

Tristán amaneció mejor. Siempre tenía un poco de fiebre, pero ya respiraba en forma absolutamente normal, e, incluso, comió su desayuno con apetito.

—No va a ser necesario llamar al doctor —le dijo Teresa a José Pedro.

—¿Amaneció mejor?

—Debe haber sido un enfriamiento.

Decidió quedarse el día en la casa. Ordenó algunos armarios, dispuso el almuerzo y luego se dio un largo baño, como lo hacía de soltera, leyendo una novela, comiendo chocolates y manejando las llaves del agua fría y caliente con los dedos de los pies.

Jose Pedro vino a almorzar y luego tomaron el café con Tristán, en su pieza.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó José Pedro, y Teresa notó que no tenía naturalidad frente a su hijo. Nunca había sabido tratarlo.

—Mejor. Ojalá pueda levantarme mañana.

—¿Para qué quieres levantarte?

—Para ir al parque, tengo un amigo allá.

—¿Ah, sí? ¿Quién?

—Un caballo.

—¿Te gustan los caballos? Te voy a tomar clases de equitación este verano, ¿quieres?

—Un caballo que tiene un cacho en la frente.

José Pedro se inmovilizó durante algunos segundos. Miró a Teresa. Lue-

go terminó riendo en forma afectada, como si quisiera esconderse o partir. Se decidió por esto último.

Madre e hijo permanecieron solos.

—¿Quieres jugar a algo?

—¿No te he contado lo que me regaló el caballo ayer?

—¿Qué?

—Mira.

De entre las sábanas extrajo lo que a Teresa le pareció era una rama.

—¿Qué es eso?

—Su cacho. Me regaló su cacho. ¿Te gusta?

Teresa tomó el objeto entres sus manos y lo miró. En realidad era una rama en forma de cuerno. Casi blanca, de madera lisa, ligeramente torneada en uno de sus extremos.

—¿Y cómo le quedó la frente? — preguntó Teresa.

—Me dijo que no importaba.

—¿Que no importaba qué?

—Que no importaba — y se encogió de hombros.

—¿Pero cómo le quedó la frente? — repitió la mujer.

—No se la miré — contestó el niño, y ella tuvo la impresión de que mentía.

—Lo mejor será que duermas una siesta.

Lo arrojó y le dio un beso. Al salir del cuarto, se dio vuelta y su mirada cayó sobre el objeto que había quedado en el velador. “¿Será un cuerno?” — se preguntó—. ¿Será cierto?”.

Durante casi una hora vagó frente al hotel sin decidirse a entrar. De pronto, en su casa, había sentido la súbita urgencia de salir a caminar. Casi en forma inconsciente se había dirigido a la calle Monsieur le Prince y ahora cruzaba una y otra vez frente a la puerta del edificio y no se decidía a cruzarla. “¿Qué estoy haciendo aquí?”. Debiera haberse quedado en el departamento, junto a Tristán, esperando que los otros niños regresaran del colegio, atendiendo a lo que era suyo. En cambio había venido a pararse frente al hotel como una hipnotizada, aguardando algo, no sabía qué, algo debía suceder tarde o temprano. Cerca del lugar donde estaba había un restaurante para estudiantes y el olor de las cocinas impregnaba toda la calle. “¿Estará Verónica? ¿Habrá vuelto ya?”, se preguntaba. Pero en el fondo sabía que la muchacha no podía haber regresado aún. Eran apenas las dos y media, su turno no terminaba hasta las cuatro. “¿Entonces qué es lo que hago aquí? ¿Qué espero? ¿A quién espero?”, se interrogaba mintiéndose hasta el final, el final, miedosa de descubrirse ella misma, esgrimiendo una ingenuidad que a estas alturas ya era falsa, como lo había hecho siempre.

Tristán estaba solo en el cuarto. Sentado sobre la cama con el torso des-

nudo, hojeaba un libro en el cual Teresa alcanzó a distinguir dibujos astros con sus órbitas. Al verla, se turbó un poco y se colocó la camisa.

—¿Y Verónica? —preguntó Teresa.

—No ha vuelto aún.

—¡Qué lástima! Venía a verla. ¿Sabe a qué hora llegará?

—A las cuatro y cuarto y cuatro y media como de costumbre.

—¿De verás que trabaja hasta las cuatro?

—Sí.

—Bueno... —y dejó que la palabra flotara a través de la pieza. Permaneció junto a la puerta, con la mano apoyada sobre el bronce tibio de la manija y volvió a repetir: Bueno.

Tristán trató de abrochare los botones de la camisa, pero no lo logró. Teresa lo miró. “Parece una estatua —se dijo—, hay algo inhumano en torno a él, las piernas demasiado largas y delgadas tal vez, la expresión inmutable del rostro, con la mirada clavada ahí al centro, extrañamente viva y que permanece. Parece una estatua de un joven griego retocada por algún escultor moderno. Estoy segura de que esto es lo que se esconde en la médula de esas figuras de mármol que hay en los museos. Esta es la esencia”.

—¿Por qué no la espera?

—No sé si tengo tiempo. ¿A qué hora cree que volverá?

—A las cuatro y cuarto —repitió al mismo tiempo que cerraba el libro y lo dejaba sobre la mesa. “Me está indicando que me siente junto a él en la cama —se dijo Teresa—. Ese gesto significa que desea que me siente junto a él”. Lentamente atravesó la pieza. Al llegar al borde del lecho, se detuvo, se sacó el abrigo con un movimiento brusco, como si hubiese querido romper el clima que se estaba formando.

—Hace calor —dijo Teresa.

—Sí. Ayer compramos una estufa. No, no fue ayer, sino otro día.

—¿Dónde la compraron?

—En el mercado de las pulgas —e indicó con un movimiento de la mano un lugar de la pieza donde se erguía una estufa. Era un objeto anacrónico, salido quizás de qué época, con forma de jaula y de minarete a la vez, en el centro del cual se mecía una llamita azul.

—Es preciosa.

—Calienta. Y para eso la necesitamos. Estas piezas son muy heladas en invierno.

—Deben ser —exclamó Teresa y decidió sentarse en la cama.

A ratos se escuchaban las detonaciones de la llama en la estufa. Pequeños golpes, repetidos en forma sorda, como si midieran el tiempo o quisieran destruir aquel silencio tenso que se apoderaba de ellos.

—¿Qué estaba leyendo?

—La astronomía contemporánea —y le pasó el libro.

Ella empezó a hojearlo, haciendo correr las páginas, como uno lo hace con una revista, sin mirarlas verdaderamente. Una lámina en colores de destacaba entre las otras y Teresa la señaló con el índice. Él se acercó a ella para mirarla y durante algunos segundos la mujer lo sintió muy cerca, amenazante casi. Volvió a experimentar un estremecimiento dentro de ella, como si algo despertara, algo que le hizo cerrar los ojos mientras él explicaba todos los misterios del universo. “No me importa, no me importa —se repetía Teresa al escuchar esa voz que apenas la tocaba—, no me importan los misterios ni los planetas ni el mundo que nos rodea. Lo único que tiene algún valor para mí en este instante es sentir lo que siento”.

Y cuando de pronto la voz enmudeció, quedó sola, súbitamente desgajada del resto de las cosas, y abrió los ojos para encontrar objetos a los cuales asirse. Lo primero que vio fue la piel lisa del muchacho, ahí bajo el cuello, un triángulo en el cual se diseñaban los relieves de los huesos. Y no pudo impedirse de acariciarla con su mano.

Tristán dio vuelta la cabeza hacia ella y la miró. Teresa comprendía que, con su gesto, algo detuvo en el muchacho, el pulso tal vez o la respiración. Comprendía que ahora los dos estaban frente a frente, como dos animales que de súbito se encuentran dentro de una jaula, y que uno de los dos debía ejecutar el primer movimiento, aquel que pusiera en marcha nuevamente todo aquel engranaje.

Fue ella quien lo hizo. Supo que Tristán estaba asustado y ella lo abrazó entonces, y lo besó.

En Tristán se despertó una fuerza casi frenética, tanto que ella retrocedió con cierto temor. Pero él la rodeó con sus brazos, la acorraló ahí sobre el lecho y la besó en la boca. Teresa no pudo pensar ni sentir cosa alguna, porque él la desnudó con desesperación, con urgencia, con la vehemencia del que desconoce el amor.

Después estuvieron un rato sin hablarse. De espalda los dos, mirando el techo, escuchando los estallidos secos de la estufa, dejando que el tiempo pasara. Teresa sintió que tenía un niño a su costado y comprendió que ese niño estaba maravillado por el descubrimiento que acababa de hacer.

—Nunca habías hecho esto, ¿no es cierto?

—No.

—¿Y Verónica?

—Dormíamos juntos. Eso era todo. Nada más. “Nada más, nada más”, se repitió Teresa. Y lo repitió con tristeza, porque ella se sentía sola y vacía y extrañamente separada de todo lo que había sucedido. “Nada ha cambiado”, se dijo. Me siento igual que antes, más vieja quizás, pero igualmente sola e igualmente vacía. Igualmente al margen de la vida. Y exclamó en voz alta:

—Me pregunto si alguna vez voy a llegar a sentir realmente.

—¿Qué cosa? —la voz adormilada de Tristán.

—Todo.

—Yo lo sentí —dijo él, y Teresa comprendió que por un momento el muchacho había bajado del mundo de los planetas a este otro. Aún más, se cuenta de que era ella quien lo había obligado a descender. Pero no experimentó orgullo por haberlo hecho. “Lo único que siento es soledad y vacío”.

—¿Qué hora es?

Tristán miró su reloj pulsera. Estaba desnudo, pero había conversado con el reloj y los calcetines. “Qué ridículo —pensó Teresa—, qué ridículo es todo”.

—Un cuarto para las cuatro.

—Voy a irme entonces.

—¿Por qué?

—Porque Verónica va a llegar muy pronto. Y porque...

—¿Sí?

Teresa se irguió, miró al muchacho en los ojos, sostuvo esa mirada que en cierta forma perdió su antigua intensidad, esa mirada que antes se parecía a la de su hijo, y contestó con verdadera sinceridad:

—Porque me siento muy sola.

Cuando volvió a su casa, Rosa estaba en la puerta de la calle con los ojos llorosos y, al parecer, esperándola.

—Señora..., señora... —le gritó desde lejos—, el niño está muy mal, el caballerero mandó llamar al doctor. Acaba de llegar...

Teresa sintió un dolor sordo a nivel del pecho y mientras subía en el ascensor que ahora se arrastraba entre piso y piso, escuchando las palabras angustiosas de la sirvienta, se dijo: “Algo va a suceder. Dios mío, algo va a suceder”.

—Apenas usted salió, despertó el niño. Yo me di cuenta de que tenía mucha fiebre y con la Carmen, que ya había llegado, le dimos una aspirina. Pero no se mejoró, y usted no volvía, así es que decidimos llamar al caballerero a la oficina... Cuando llegó, el niño ya respiraba muy mal y...

Atravesó casi corriendo el pasillo que comunicaba la entrada con el cuarto de los niños. El médico estaba examinando a Tristán y con su cuerpo escondido a su hijo. No pudo verlo entonces, pero sí percibió el rostro de José Pedro severo, cerrado y mudo. En ese momento el médico se irguió y Teresa descubrió al niño inconsciente, con los párpados bajos y la respiración dificultosa.

—¿Qué le pasa? —gritó casi—. ¿Qué es lo que tiene?

—Vamos a la otra pieza, señora.

—No, yo quiero quedarme aquí —respondió Teresa arrodillándose junto al lecho de Tristán—. ¿Qué es lo que tiene?

Y de inmediato empezó a hablarle al niño, urgiéndolo para que le con-

testara, acariciándole la frente húmeda. Su voz era dolorida y llena de amor. Se diría que ansiaba derramar toda su ternura sobre ese cuerpo que yacía en el lecho.

—Quédese. Pero trate de no hablarle. No hay que molestarlo.

—¡Molestarlo! —y la palabra la hirió.

—Quiero decir que es preferible dejarlo tranquilo.

Teresa siguió al médico fuera de la pieza y en el pasillo volvió a preguntarle lo que acontecía.

—Es una difteria —respondió el médico—. Hemos hecho el tratamiento indispensable. Ahora hay que tener fe y esperar.

—El doctor cree que se ha actuado con retraso —exclamó José Pedro. Teresa comprendió la acusación que envolvía la frase.

—Tuve que salir. Después de almuerzo estaba mucho mejor. Nunca pensé...

José Pedro ya se alejaba por el corredor en dirección a la puerta. Ella quedó sola. “Dios mío, márame a mí, pero no le hagas nada a Tristán. Quiero que viva, Dios mío, quiero que viva”. Y ese llanto que había estado reteniendo desde que salió del cuarto del hotel brotó ahora con toda facilidad. Pareció rebasar de sus ojos, de su rostro, de ella toda entera, y Teresa sintió que se iba a deshacer en lágrimas.

Escuchó un quejido desde el dormitorio de su hijo y se precipitó dentro de la pieza. El niño respiraba con más dificultad, le pareció. Cada inspiración parecía dolorosa, el producto de un gran esfuerzo, y a pesar de la fiebre, una extraña palidez había empezado a teñirle el rostro.

José Pedro volvió a los pocos segundos. Se sentó frente a ella, al otro lado de la cama, y permaneció callado. Teresa tampoco se atrevió a hablar o más bien no se sentía con fuerzas para hacerlo. Comprendía que algo se había roto dentro de ella o estaba a punto de romperse, “algo que a lo mejor es la inocencia —se dijo—. Sí, todavía la conservo intacta, a pesar de lo que acabo de hacer, a pesar...”. Pero de inmediato rechazó el pensamiento. “Cómo puedo estar pensando en esas cosas, cómo puedo..., lo único que deseo es que mi hijo se mejore, que mi niño se salve”. Y de pronto sintió que la sangre se le helaba. “¿No será esto un castigo? ¿No estará todo conectado? ¿No habrá alguna razón oculta en todo lo que sucede? Si así fuera, Dios mío, márame a mí, márame a mí”. Y lo repetía si fuese una oración.

Durante toda la noche permanecieron junto a la cama de Tristán. Las horas se arrastraban lentas. La respiración del niño las separaba en segundos y luego, más tarde, cuando ya casi no podía inspirar, en lo que a Teresa le pareció eran minutos. Entre un sonido y el próximo, ella alzaba la vista, repetía mentalmente la frase de su plegaria, una y otra vez, como un condenado que se aferra al estribillo de una canción para no pensar, y solo volvía a sentirse viva cuando lo escuchaba expulsar el aire.

El médico llegó cerca del amanecer, tomó la temperatura, colocó una nueva inyección y repitió lo que había dicho antes:

—Hay que tener fe y esperar.

Lentamente las cortinas empezaron a tornarse más claras.

—Parece que estuviera amaneciendo —dijo Teresa, pero su marido no respondió. Ni siquiera un gesto, nada.

Una claridad muy tenue en un comienzo, lechosa después, invadió la pieza. “Me parece no estar en el mundo —pensó Teresa—, en este mundo. Lo mejor nos hemos muerto, los tres, a lo mejor esta es la iluminación que encuentra después. Dios mío, haz que yo me haya muerto, yo sola.” Recordó de pronto una figura que había estado merodeando en torno a su recuerdo desde la tarde. Era la madre Julia, en el colegio, una religiosa de rostro almidonado, que un día al sorprenderla escondida en el dormitorio mientras las demás estaban en la capilla, le había dicho: “No se te olvide que Dios nos mira siempre. Aunque estemos solas, aunque estemos escondidas, aunque estemos seguras de que nadie nos ve. Dios nos ve, y si hacemos algo malo, Dios nos castiga”.

Penso rezar entonces e incluso recitó algunas frases, pero muy pronto se dio cuenta de que no sentía, ni siquiera pensaba, lo que estaba diciendo. “Se me ha olvidado rezar. Hace años que rezo todas las mañanas y todas las noches sin darme cuenta de que lo hago, porque sí, porque lo hacía antes. Como todo, como todo”.

Se levantó y antes de salir de la pieza le preguntó a José Pedro:

—¿Quieres un poco de café?

—No, no, gracias.

—Voy a ir a prepararme una taza.

Rosa y Carmen velaban en la cocina. Estaban sentadas en torno a la mesa, mudas, con las manos cruzadas sobre la falda, como si aguardaran algo inevitable.

—¿Quiere que se lo haga yo? —preguntó Rosa.

—No, no, gracias —y su voz sonó muy parecida a la de José Pedro. Buscó los fósforos y encendió uno. “Como la llama de la estufa”, pensó. Y en ese instante un grito de su marido la clavó en el suelo.

—¡Teresa!

Con un golpe seco algo se rompió en el fondo mismo de su ser y un dolor casi insoportable, mucho pero que el del alumbramiento, la recorrió entera. Este dolor no traía goce, ese era su horror, ni goce, ni alivio, nada. Era simplemente un dolor de algo que se desgarraba.

Algunos segundos después cuando llegó a la pieza de Tristán, el niño ya estaba muerto. José Pedro lloraba arrodillado junto a la cama. Ese era el único ruido que se escuchaba, el de sus sollozos, porque la respiración ha-

bía cesado del todo. “Está detenida ahí –pensó Teresa mirando la garganta de su hijo–, detenida, dormida ahí, y ya nunca más podrá hablar ni reír ni siquiera mirarme”.

Ella empezó a llorar entonces, pero en forma muy distinta a como lo había hecho en la tarde. Ahora no había histerismos ni violencias. Lloraba hondamente, casi muda, sin que todavía se hubiese muerto en ella aquel dolor que la transfiguraba.

Algunas semanas más tarde, Verónica vino a verla. Ambas se sentaron en el salón, tal como lo habían hecho esa primera tarde, ese primer viernes, y la muchacha no supo cómo expresar con palabras lo que sentía.

–Te he llamado varias veces –explicó Verónica–, pero Rosa me dijo que no estabas en París.

–No. José Pedro me llevó a pasar unas semanas al campo. No muy lejos, en Normandía.

Teresa estaba muy cambiada. Parecía mucho más vieja, vestida de negro y con los cabellos peinados hacia atrás. Al ver que la muchacha la miraba, exclamó:

–Voy a tener que preocuparme un poco más de mí. Después de todo soy la mujer de un diplomático –hizo una pequeña pausa y luego continuó–: ¿Te acuerdas, Verónica, te acuerdas de que una vez te dijo eso y te conté la vida que llevaba y tú me contestaste: “¿Cómo puedes?” ¿Te acuerdas de eso?

–No, en realidad no me acuerdo.

–Si supieras todo lo que esa frase despertó, todo lo que puso en movimiento.

–¿Qué?

–Cosas, tantas cosas.

Y enmudeció. Pasaron algunos minutos en silencio. Eran las cuatro de la tarde.

–Qué temprano oscurece en esta época –exclamó Verónica por decir algo.

–Ya es invierno.

–Sí.

Rosa entró trayendo una bandeja con tazas y platillos para servir el té. Le dejó en la mesita frente a ellas y volvió a salir.

–A propósito –dijo Verónica, y esto lo expresó con el mismo tono, como si continuara la conversación anterior–, es posible que me case.

–¿Con Tristán?

–Sí.

–Te felicito.

“Qué curioso, ya no me importa. No me importa haber pronunciado la palabra Tristán, no me importa que me diga que se casa, nada, nada me importa.”

—Gracias, pero no tienes por qué hacerlo. No es un matrimonio de amor y Tristán no está muy contento con la idea de casarse.

—¿No?

—No. Pero nada puede hacer.

—¿Por qué?

—Porque estoy esperando un niño.

Se produjo un pequeño silencio. Sin duda Verónica aguardaba alguna reacción de Teresa, pero la mujer se mantuvo imperturbable. Dentro de ella el dolor se había aquietado, transformándose en una sensación áspere. “Ya no estoy vacía, porque esto permanecerá. Y a lo mejor esto que permanece es lo cierto”.

—Supongo que algún día tendría que suceder —continuó Verónica—. ¿Te acuerdas, Teresa, cuando tú me preguntaste si éramos amantes y yo te contesté que no verdaderamente? Bueno, lo que estaba tratando de decirte es que, aunque dormíamos en la misma cama, nunca nos habíamos acostado juntos.

Y volvió a mirarla. Teresa se mantenía erguida, callada, un poco distante.

—Pero un día..., mira, fue el día que..., una tarde que según Tristán me dijo tú habías ido a verme, bueno..., esa noche por primera vez nos acostamos juntos.

“Así es como todo se ordena —pensó Teresa—. Así es como lo que muere renace y todo, todo parece estar preso en una armonía tremenda”.

—¿Y tú estás contenta? —preguntó Teresa.

—No lo sé. No sé si era lo que yo esperaba, Tere. Ves tú, yo vine a buscar algo a París, vine a verlo todo, a sentirlo todo, a vivirlo todo. Y de pronto me voy a ver casada, con un niño entre los brazos. No sé si esto es lo que buscaba. No sé si uno encuentra verdaderamente alguna vez lo que busca.

Teresa no respondió.

Las sombras ya habían inundado el salón y la mujer se levantó para encender la luz.

—Voy a tener que irme —dijo Verónica—; Tristán me dijo que volvería temprano y quiero ir a encender la estufa antes de que llegue. Tenemos una estufa, ¿sabes? La compramos en el mercado de las pulgas. Es una especie de pagoda china con una llama azul en el centro. Me entusiasman las estufas. ¿Y a ti?

Aun cuando trataba de recapturar su antiguo tono, no lo lograba. “Algo ha perdido —pensó Teresa—. Quién sabe si no se ha dado cuenta de que es imposible regresar a esa inocencia que se extravió demasiado pronto”.

Cuando Verónica iba a partir, le dijo:

—Espera.

Fue a la pieza donde había dormido su hijo y buscó en uno de los cajo-

nes de la cómoda. A los pocos segundos volvió con un objeto que entregó a Verónica.

—El otro día, mientras ordenaba las cosas de Tristán, de mi Tristán —rectificó—, encontré esto y pensé que te gustaría guardarlo como un recuerdo.

—¿Qué es? —preguntó Verónica.

—Es el cuerno del unicornio —respondió Teresa.